

GASPAR, ENRIQUE (1842 –1902)

EL PAYASO

PERSONAJES:

MAGDALENA

ENRIQUE, llamado Jacobillo

FLORA

LA SEÑORITA DE VERMANDOIS

CATALINA

FANY

JUANITA, niña

GUILLERMO, conocido por Belfegor, Payaso

EL DUQUE DE MONTBAZÓN

EL GRAN BAILÍO DE CLERMONT

EL VIZCONDE HÉRCULE

EL CONDE DE CASTELBLANC

BEAUMESNIL

EL CABALLERO DE ROLLAC

EL VIDAMO DE ARPIÑOL

EL COMENDADOR DE PUFIERES

DUPERRÓN

JUAN JOSÓN

GRELU

BELLO-AMOR

UN MÉDICO

UN MOZO DE POSADA

Aldeanos de ambos sexos, Soldados, Gendarmes, Músicos, Convidados, Máscaras, Cazadores.

ACTO PRIMERO

Una plaza de aldea: a la izquierda la posada: a la derecha, una tapia con setos y árboles frutales.

Escena I

GRELU, JUAN JOSÓN, ALDEANOS de ambos sexos, adornados de flores.

GRELU.- (Subido en una silla, delante de la puerta de su posada.)Aldeanos de ambos sexos de la aldea de Clermont, concejo de Landreci, distrito de Marbeuf... la ley os autoriza a divertir os hoy 5 de Junio de 1814, día de san Bonifacio, vuestro patrón; en su consecuencia os estimo a remojar la garganta, sin reserva ni medida, teniendo en consideración que soy yo, vuestro teniente alcalde, el único que vende vino en dos leguas a la redonda.

ALDEANOS.- ¡Viva el teniente alcalde!

GRELU.- Gracias, hijos. Ahora tengo que leer os un bando del señor sub-prefecto de fecha 2 de junio de 1814. - Dice el bando. - (Leyendo.) «Que todo el mundo se presentará con rostro alegre, muy alegre, y se dirigirá al son de una música no menos alegre, en busca de su señoría el gran bailío de Clermont, que ha vuelto a entrar en Francia tras largos años pasados fuera del reino; y el cual se digna separarse del camino real, para venir a visitar a sus muy amados súbditos y súbditas.

JOSÓN.- A sus súbditos de ambos sexos.

GRELU.- Josón, te niego la palabra.

JOSÓN.- ¡Si no he dicho nada!

GRELU.- ¡Si, que has dicho!

JOSÓN.- Cuando digo que no.

GRELU.- (Leyendo.) «Y súbditas, a fin de que tengan la satisfacción de contemplar un instante a su legítimo señor, y puedan prestarle los homenajes debidos.»

JOSÓN.- ¡Quedamos enterados!

ALDEANOS.- ¡Que si quieres! Yo me voy a cuidar de mis campos hasta la hora de la función.

OTRO.- Yo a escardar el huerto.

OTRO.- Yo a recoger mis vacas.

JOSÓN.- Pues yo me voy a comer un tasajo.

GRELU.- (Gritando.) No hay que marcharse ninguno.

JOSÓN.- Volveremos para la función.

TODOS.- Sí, sí, para la función.

JOSÓN.- ¡Ea, venid vosotros!... ¿Pero quiénes son esos que llegan? ¡Qué fachas! mirad, mirad.

GRELU.- Es el gran bailío y los que le acompañan... ¡Vamos! vamos a su encuentro. (Todos los aldeanos se escapan.) ¿Qué es esto? ¡Me dejan plantado!... (A los mozos de la posada.) Pronto, vosotros, id en busca de esos viajeros... que al menos no pierda yo mi parroquia. (Vanse todos.)

Escena II

CASTEL-BLANC, CLERMONT, EL VIDAMO, la SEÑORITA VERMANDOIS, HÉRCULES de MONTBAZÓN.

CLERMONT.- Por aquí, por aquí, señora... he divisado a mis caros aldeanos que venían precipitadamente hacia nosotros.

VERMANDOIS.- Pues yo no veo por aquí a ninguno de esos caros aldeanos.

CASTEL-BLANC.- Más trazas tienen de huir de nosotros por lo que voy viendo.

VIDAMO.- Sí, de huir de nosotros... lo mismo iba yo a decir.

HÉRCULES.- En efecto... creo... (Subiendo hacia el foro.)

VERMANDOIS.- Aquí Hércules. (Llamándole.)

HÉRCULES.- ¡Sí, abuelita! (Volviendo deprisa.)

VERMANDOIS.- Si es este el recibimiento que os hacen vuestros vasallos...

CLERMONT.- Ya habéis visto los preparativos de la función, flores, guirnaldas... Estas pobres gentes, como las hemos cogido desprevenidas nos preparan sin duda alguna sorpresa, algún refresco servido por las muchachas más lindas del lugar. ¡Je! ¡je! mis dominios estaban plagados en otro tiempo de muchachas muy lindas y muy virtuosas.

HÉRCULES.- ¿Conque lindas, eh? (Se dirige hacia el foro.)

VERMANDOIS.- Aquí, Hércules.

HÉRCULES.- ¡Sí, abuelita!

VERMANDOIS.- ¡Libertino! acordaos que hasta dentro de un mes no cumplís los veinte y un años, y que hasta entonces yo respondo al duque de Montbazón de vuestra conducta.

HÉRCULES.- Sí, abuelita.

CASTEL-BLANC.- Conque en fin, señores, hétenos ya otra vez en nuestra hermosa Francia. Tengo curiosidad de saber lo que ha hecho de ella el tal Bonaparte.

VERMANDOIS.- Pero decid, señores.... ¿nos vamos a estar mucho tiempo aquí?

CLERMONT.- No por cierto, vamos a mi castillo.

VERMANDOIS.- Es que está haciendo un calor insufrible... Yo me muero de sed.

CLERMONT.- ¿Por qué no lo habéis dicho antes, señorita? ¡Hola! ¿no hay nadie por aquí?

Escena III

DICHOS, GRELU. A poco JOSÓN.

GRELU.- Aquí estoy yo... (Volviendo con atavíos de posadero.) ¡Aquí estoy yo!... (Quitándose el gorro.) ¿Qué hay para servir a los señores?

CLERMONT.- Así me gusta. Pronto, un refresco para esta señorita.

GRELU.- Volando, monseñor.

CLERMONT.- Ya veis como son mis vasallos. ¡Eh! ¿pero a qué esperamos?... estoy en mis dominios... y puedo ofreceros cualquiera fruta de estas que veo en los árboles... (Se dirige a cogerla.) Justamente, aquí hay uno cargado de ella. (Tira de una rama que cuelga por cima de la tapia.)

JOSÓN.- ¡Eh! cuidado con tocar eso. (Apareciendo en lo alto de la tapia.)

CLERMONT.- ¡Cómo! truhán, te atreves...

JOSÓN.- Este huerto es mío, y la fruta por lo consiguiente... y al primero que se acerque a cogerla, le arrimo un trancazo que le descrismo.

TODOS.- ¡Insolente!

VIDAMO.- (Con mucha calma, y tomando un polvo.) ¡Insolente! esa es la palabra.

HÉRCULES.- ¡Rústico! ¡villano! (Yendo a él)

JOSÓN.- ¿El qué? ¿el qué? (Amenazándole con la horquilla.)

VERMANDOIS.- ¡Hércules, aquí, Hércules!

HÉRCULES.- Pero abuelita...

CASTEL-BLANC.- Vamos, vamos, veo que son muy divertidos... vuestros vasallos, señor bailío; creo decididamente que nos costará trabajo desarraigar de Francia lo que ha plantado el tal Bonaparte.

CLERMONT.- ¡Bobada!.. ese aldeano es un mal criado; pero afortunadamente, este que parece un buen hombre, trae ya el refresco.

GRELU.- Aquí está el agua y azúcar para esta señora.

VERMANDOIS.- ¡Señorita, que soy soltera! (Toma el vaso y bebe.)

GRELU.- Por muchos años, señorita.

VERMANDOIS.- Bien está, andad... Gracias, buen hombre.

GRELU.- ¡Oh! ¡no hay de qué! son diez sueldos no más.

CLERMONT.- ¡Cómo! ¡diez sueldos!

TODOS.- ¡Diez sueldos!

CLERMONT.- ¡Cómo se entiende! pedirme diez sueldos por un vaso de agua en mis dominios!

GRELU.- ¡Vuestros dominios!

CLERMONT.- Si por cierto, y vas a conducirme ahora mismo a mi quinta.

GRELU.- ¡Ah! perdonad la curiosidad, ¿sois vos entonces el señor gran bailío?

CLERMONT.- El mismo.

GRELU.- Pues entonces, me habréis de perdonar, señor gran bailío difunto...

CLERMONT.- ¡Cómo, difunto!

GRELU.- No, señor ex-gran bailío, he querido decir... me habréis de perdonar que os haga presente que aquí ya no tenéis ningunos dominios, ni tierras, ni cosa que lo valga.

CLERMONT.- ¡Cómo! ¿pues y mis casas de labranza? ¿Y mi quinta?

GRELU.- Las casas pertenecen al señor sub-prefecto, y la quinta ha sido destruida.

CLERMONT.- ¡Destruída mi quinta!

GRELU.- No ha quedado de ella más que el palomar.

CLERMONT.- ¡Un palomar!.. tengo por todo dominio un palomar!

JOSÓN.- (Que se ha quedado encima de la tapia.) ¡Y ese es mío, cuidado con ella!

CLERMONT.- ¡Tuyo!

JOSÓN.- ¡Como que tengo en él una cría de conejos!

CLERMONT.- ¡Pero esto es inaudito!

VERMANDOIS.- Nos han puesto la Francia desconocida.

CASTEL-BLANC.- Es escandaloso. (Riendo.)

VIDAMO.- (Con calma y tomando un polvo.) Escandaloso, esa es mi opinión.

VERMANDOIS.- ¿Pero qué vamos a hacer?

CASTEL-BLANC.- Creo que lo más prudente será meternos en una posada.

GRELU.- Aquí hay una excelente... y en la que tienen de comer de todo.

HÉRCULES.- De todo... (Dirigiéndose hacia la posada.)

VERMANDOIS.- Aquí, Hércules. (HÉRCULES vuelve.) ¿Donde está el posadero?

GRELU.- Soy yo.

VERMANDOIS.- Mandad que nos preparen las mejores habitaciones.

GRELU.- ¡Habitaciones!... es que no tengo más que tres piezas.

CASTEL-BLANC.- Pues bien, nos acomodaremos en ellas.

GRELU.- Es que están tomadas.

VERMANDOIS.- ¿Tomadas las tres?

GRELU.- Por una señora que ha llegado esta mañana.

VERMANDOIS.- Entonces quiero ponerme en camino inmediatamente.

CLERMONT.- ¿Y yo que he despedido los caballos que nos han traído? ¿Hay aquí maestro de postas?

GRELU.- El maestro de postas soy yo.

CLERMONT.- ¡También esa!

JOSÓN.- (Sobre la tapia.) Y yo soy el postillón, para servirle.

VERMANDOIS.- Pues enganchad corriendo.

GRELU.- No puedo.

CASTEL-BLANC.- ¡Cómo que no puedes!

JOSÓN.- ¡Cuando dice que no puede! (Gritando y sobre la tapia.)

CASTEL-BLANC.- ¿No tenéis caballos, por ventura?

GRELU.- Si señor, tengo todavía cuatro.

VERMANDOIS.- Pues entonces...

GRELU.- Pero están comprometidos con la señora de esta mañana.

TODOS.- ¿También?

VERMANDOIS.- Que esa señora se contente con dos, y que nos deje los otros; vos elegiréis.

GRELU.- No puede ser, que los ha pagado ya.

JOSÓN.- Con postillón y todo. (Id.)

VERMANDOIS.- Se os obligará a que los deis; nos dirigiremos a la autoridad; porque ¿aquí habrá una autoridad?

GRELU.- Hay un alcalde, señorita.

TODOS.- ¡Un alcalde!

GRELU.- Un alcalde que está ausente; pero en su lugar ha quedado el teniente.

CLERMONT.- ¿Cómo habéis dicho?

GRELU.- ¡El teniente!

CLERMONT.- ¿Pues qué, es de tropa?

JOSÓN.- ¡El teniente alcalde! (Gritando desde la tapia.)

VERMANDOIS.- Se llamará así ahora... ¿Y dónde está ese teniente alcalde? nos dirigiremos a él, y veréis como os obliga.

GRELU.- El teniente alcalde, soy yo.

TODOS.- ¡Él!

VERMANDOIS.- ¡Siempre él!

JOSÓN.- (Desde la tapia.) Y yo soy el guarda, y por eso echo mano a los que roban la fruta.

VERMANDOIS.- ¿Qué va a ser de nosotros? ¿qué vamos a hacer?

GRELU.- Si esa señora quisiera cederos... Mirad, aquí viene justamente... arreglarse con ella... yo me vuelvo a mi cocina...

JOSÓN.- Y yo voy aquí a la vuelta a echar un trago. ¡Cuidado con tocar la fruta! (Desaparece.)

Escena IV

DICHOS, FLORA.

FLORA.- ¿Es de mí de quién se hablaba?

CASTEL-BLANC.- ¡Preciosa muchacha!

HÉRCULES.- Preciosa muchach... (Yendo a ella.)

VERMANDOIS.- Aquí, Hércules.

HÉRCULES.- Sí, abuelita. (Volviendo.)

FLORA.- (¡Vaya unas figuras!) (Riendo.)

CASTEL-BLANC.- Perdonad, señora, de vos era en efecto de quien hablaban estos caballeros con la señorita de Vermandois.

FLORA.- (¡Ya estoy!.. son emigrados que vuelven a los años mil...) Señorita. (Haciendo una reverencia.)

VERMANDOIS.- Señora... (Devolviéndosela.)

FLORA.- ¿Puedo saber lo que se hablaba de mí?

VERMANDOIS.- Nada... que vos os habéis apoderado, señora, de todos los cuartos de la posada, y de todos los caballos de posta.

FLORA.- Es verdad, me carg... me incomoda mucho la vecindad en los cuartos de las posadas; y me gusta hacer muy deprisa los viajes.

CLERMONT.- ¿Volvéis como nosotros?

FLORA.- Sí, vuelvo... de paseo.

CASTEL-BLANC.- Perdonad, no es eso lo que ha querido decir mi amigo.

FLORA.- ¡Ah!

VERMANDOIS.- Deseamos saber si esta señora, aprovechando la caída de ese usurpadorzuelo...

FLORA.- ¿Cómo decís?

VERMANDOIS.- De ese usurpadorzuelo... de Napoleón.

FLORA.- (¡Ah! así tratas tú al grande hombre... Ahora verás!)

VERMANDOIS.- Deseamos saber si esta señora vuelve ahora a Francia, y si es de clase.

FLORA.- Yo lo creo. (Y de clase que calza muy estrecho.)

VERMANDOIS.- ¿Esta señora es condesa?

FLORA.- No.

VERMANDOIS.- ¿Duquesa?

FLORA.- No.

VERMANDOIS.- ¡Princesa!!!

FLORA.- (¡Princesa! algunas veces hacemos ese papel en las óperas.) ¿Princesa? Sí señora.

VERMANDOIS.- ¡Señora! (Haciendo la reverencia.)

TODOS.- ¡Señora! (Id.)

FLORA.- Señores... (Cómicamente.)

VERMANDOIS.- ¿Es hechicera, no es verdad?

TODOS.- ¡Adorable!

HÉRCULES.- ¡Oh! sí adora... (Dirigiéndose a ella.)

VERMANDOIS.- ¿Qué es eso, Hércules?

HÉRCULES.- Sí, abuelita. (Volviendo.) (Ya me va fastidiando abuelita.)

VERMANDOIS.- Por si os queda algún escrúpulo, y como es bueno conocerse, yo me llamo Rosalía Rosalba de Vermandois del capítulo noble del ducado de Beaumont.

FLORA.- Pues entonces, creo que nos entenderemos.

HÉRCULES.- ¡Mejor que mejor!

TODOS.- ¡Ah!

VERMANDOIS.- ¿Conque consentís?

FLORA.- ¿En cederos dos asientos?.. Si por cierto. Pero por miedo de que no os quede algún escrúpulo, y como es bueno conocerse, yo me llamo Není Flora, por otro nombre la Camargó, bailarina del teatro imperial de la Grande Ópera.

TODOS.- ¡Bailarina!

FLORA. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! (Riendo.)

CASTEL-BLANC.- Conque... bailarina... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! (Id.)

VERMANDOIS.- ¡Oh! ¡qué horror! (Éntrase en la posada.) Venid conmigo, Hércules.

HÉRCULES.- (Quedándose y acercándose a FLORA.) ¡Hola! conque las bailarinas son así, tan bonitas.

VERMANDOIS.- (Volviendo encolerizada.) ¿Qué es eso? ¿qué es eso, Hércules?

HÉRCULES.- Sí, abuelita. (Corriendo. La sigue.)

VERMANDOIS.- Venid, señores, venid.

TODOS.- ¡Una bailarina! (Vanse todos menos CASTEL.)

FLORA.- Los he puesto en dispersión con una palabra.

CASTEL-BLANC.- Por Dios que la broma ha sido buena.

FLORA.- ¿Qué es eso? ¿no os causo miedo a vos?

CASTEL-BLANC.- Yo, hermosa mía, no acostumbro a tener miedo ni aun de una mujer bonita.

FLORA.- Veo que valéis más que ellos y os ofrezco por lo tanto uno de mis caballos.

CASTEL-BLANC.- Yo viajo a la ligera, y acepto con sumo gusto.

FLORA.- Celebro, caballero, esta ocasión que se me presenta de poder complaceros.

CASTEL-BLANC.- Señorita, mil gracias. (La coge de la mano y la acompaña hasta la puerta. Óyese dentro el ruido de un carruaje, y gritos de alegría.)

Escena V

GRELU saliendo, CASTEL-BLANC.

GRELU.- ¿Qué es lo que pasa?

CASTEL-BLANC.- ¿Qué ruido es ese?

GRELU.- (Que ha subido a mirar.) ¡Ah! es una cuadrilla de saltimbanquis que vienen para la función... Voy a interrogarles.

CASTEL-BLANC.- ¿A interrogarles?

GRELU.- Si por cierto; o soy o no soy teniente alcalde. Es que, habéis de saber, que en estos momentos hay que andar muy listos, porque nos han dicho que van a entrar por la frontera una bandada de pícaros que son muy sospechosos. Aquí tengo la lista, mirad: «Lacour, Margrat, Lavarenes.» (Leyendo.)

CASTEL-BLANC.- Lavarenes, que vendió primero al ejército republicano y luego al ejército de Condé... sentenciado a muerte en 1794 por haber robado y asesinado al pagador del ejército realista.

GRELU.- Ese mismito.

CASTEL-BLANC.- Procurad, si podéis echar la mano a ése. Era un bribón temible por lo osado y astuto. (Óyese nueva algazara dentro, y acuden muchos aldeanos.)

Escena VI

DICHOS, ALDEANOS, BELFEGOR, MAGDALENA, ENRIQUE, la NIÑA, BELLO-AMOR, y tres músicos vestidos de encarnado. Belfegor aparece rodeado de su familia y comparsa, en una berlina vieja descubierta, tirada por un caballo blanco. El carruaje se detiene en medio del teatro. Belfegor se levanta y saluda.

BELFEGOR.- Llama a la gente, Jacobillo. (En pie. Enrique hace sonar el tamborón y los timbales. Los otros tocan el clarinete. Acuden a la escena otros muchos aldeanos) Señores y señoras, aldeanos y aldeanas, con permiso del señor prefecto, del señor alcalde y del señor celador de montes... ¡Saluda, Jacobillo!

ENRIQUE.- Sí, maestro. (Dando un toque de timbal, y contestando con voz chillona.)

BELFEGOR.- Con el permiso de las respetables autoridades susodichas, vamos a tener el honor de ejecutar en vuestra presencia nuestros inimitables trabajos!.. Trabajos de gracia, elegancia y destreza, ejercicios maravillosos, que han causado la admiración de todas las cortes extranjeras... Saluda, Jacobillo.

ENRIQUE. Sí, maestro. (Id.)

BELFEGOR.- Ejercicios que nos han valido los sufragios de todas las testas coronadas; ejercicios, finalmente, por los cuales somos llamados en estos momentos por el emperador de Marruecos. Pero habiendo sabido que es hoy la fiesta de este pueblo, hemos desatendido al marroquí por los amables habitantes del concejo de Landrecí... Vuelve a saludar, Jacobillo.

ENRIQUE.- Sí, maestro.

BELFEGOR.- Venimos a ofreceros igualmente sesiones de ventriloquia, de nigromancia, de quiromancia, de cartomancia, llamada por otro nombre ¡la buena ventura! Anunciaremos a todas las solteras el año, mes, semana, día y hora de su próximo casamiento, y a los mozos el número que han de sacar en la quinta. (Vuelve a sonar la música.)

AMOR.- (Leyendo un cartel.) «La función comenzará a las dos por una representación extraordinaria de los juegos indios, y de los doce trabajos de Hércules del inimitable Belfegor, y terminará por vuestro servidor, la ilustre vaca marina, aquí presente, que,

después de haber hablado el chino, el árabe, el kalmuco, en una palabra, treinta y cuatro lenguas diferentes, os hará ver que no sabe la suya.»

BELFEGOR.- ¡Adelante con la música! (Música general; los aldeanos aplauden. BELFEGOR se echa fuera del carruaje, y hace bajar a su mujer y a sus hijos, besando a estos al ponerlos en el suelo.) ¡Bello-Amor!

AMOR.- ¡Grande hombre! (Acercándose.)

BELFEGOR.- Manda desenganchar a Babieca, y procura que le traten con todos los miramientos que se merece.

AMOR.- Sí, grande hombre. (Hace seña a un mozo de la posada que le ayuda a desenganchar el caballo.)

BELFEGOR.- ¡Tened, por Dios, mucho cuidado con mi pobre Babieca!... es después de mi mujer y mis hijos lo que más quiero en el mundo.

CASTEL-BLANC.- Señor teniente alcalde, estas buenas gentes no tienen nada de sospechoso.

GRELU.- ¿Quién sabe? mi obligación es examinarlos. (A BELFEGOR con mal modo.) ¡Acercaos aquí!.. ¿Vuestros papeles?

BELFEGOR.- Es al señor prefecto a quien tengo el honor de... (Con respeto.)

GRELU.- (Más afectuoso.) No soy el prefecto precisamente... soy...

BELFEGOR.- ¿El señor sub-prefecto?... Jacobillo, ven aquí y saluda... saluda, hijo mío.

ENRIQUE.- Sí, maestro.

GRELU.- Está bien. (Halagado.)

BELFEGOR.- Y vos también, señorita. (A la NIÑA)

NIÑA.- Sí, papá (Haciéndole una reverencia graciosa.)

GRELU.- Muy bien... está muy bien... parecen buenas gentes.

BELFEGOR.- Creo que estos informes bastarán al señor sub-prefecto.

GRELU.- Yo.. sí.. sí.. ¿Tenéis ahí vuestro pasaporte?

BELFEGOR.- Sí señor, vedlo...

GRELU.- Aguardad, tenemos que presentarle en la alcaldía.

MAGDALENA.- Durante ese tiempo, Guillermo, yo voy a entrar en la posada para que descansen los niños.

BELFEGOR.- Eso es, Magdalena, recoge a los niños, recógete tú también, y no te olvides de mi pobre Babieca, que irá hecho hoy nueve leguas.

MAGDALENA.- Descuida.

BELFEGOR.- Hasta después, mujercita mía. (MAGDALENA y los niños se meten en la posada.)

CASTEL-BLANC.- ¿Sabéis, buen hombre, que tenéis una mujer muy linda?

BELFEGOR.- ¡Y si supierais qué buena es!... os diría que es la alegría de la casa, (Riendo.) si nosotros tuviésemos casa... ¡Pero andad!... eso no quita para que seamos felices.

CASTEL-BLANC.- ¡Felices!... ¿vosotros sois felices?

BELFEGOR.- Sin dejarlo de ser un solo día.

CASTEL-BLANC.- ¿A pesar de la vida que lleváis?

BELFEGOR.- Por lo mismo que llevamos esta vida, al contrario. Somos cuatro, lo cual hace que cada uno de nosotros tenga tres para quererle: cuando uno de los cuatro ríe y canta, todos los demás cantan y ríen, sin preguntar por qué... y a no ser por la pequeñuela, que la tenemos delicada y enfermiza, no hubieramos sabido nunca lo que es un instante de tristeza. (Da besos a la niña JUANITA, que viene a traerle un vaso de vino.)

CASTEL-BLANC.- ¡Pero las fatigas, los viajes!

BELFEGOR.- ¡Los viajes! ¡pues si en ellos está el fondo de nuestra alegría! Nosotros nos parecemos a una bandada de pájaros, que echan a volar así que el cierzo o el fastidio sopla por algun lado... y como para hacer alto escogemos la tiesta del santo patrón de cada pueblo, adonde quiera que llegamos encontramos tan solo caras risueñas y trajes de gala para recibirnos... Por la noche, cuando se ha recogido algún dinero, cenamos alegremente, dando gracias a Dios por lo que hemos ganado durante el día; y si lo que se ha recogido ha sido poco, no por eso dejamos de darle las gracias también por lo que hemos de ganar al día siguiente.

CASTEL-BLANC.- ¡Bravo! sois un gran filósofo. (Riendo.)

BELFEGOR.- ¡Yo! yo soy un pobre payaso.

GRELU.- Vamos a la alcaldía.

BELFEGOR.- Sí, señor prefecto, estoy a vuestras órdenes. (Vanse GRELU y BELFEGOR por el foro derecha.)

Escena VII

CASTEL, HÉRCULES.

HÉRCULES.- (Saliendo por el foro izquierda.) Vamos, está visto, no podemos marcharnos.

CASTEL-BLANC.- ¿De dónde bueno, vizconde?

HÉRCULES.- ¿Yo? vengo de caza.

CASTEL-BLANC.- ¿De caza?

HÉRCULES.- Sí, ando a caza de caballos. Abuelita me ha hecho recorrer todos los caseríos para ver si encuentro con qué pueda continuar su viaje... pero no he encontrado nada.

CASTEL-BLANC.- Pues yo he sido más dichoso que vos, gracias a las gracias de la bella bailarina... Buena suerte y hasta la vista.

HÉRCULES.- ¡Señor conde! (Saludando. Vase CASTEL. HÉRCULES le acompaña hasta la salida.)

Escena VIII

HÉRCULES, FLORA.

FLORA.- ¡Oiga! (Saliendo de la posada.)

HÉRCULES.- ¡Calle! (Volviéndose.) es la preciosa bailarina.

FLORA.- ¡Es el señorito tonto de hace poco! (HÉRCULES la saluda, y se dirige hacia la posada.) ¿Qué es eso? ¿también me tenéis miedo vos?

HÉRCULES.- ¡Miedo!... no... si... no... quiero decir... es abuelita la que me da miedo... tengo miedo de que...

FLORA.- ¿De que abuelita os vea hablar conmigo?

HÉRCULES.- Sí, señora. (Turbada)

FLORA.- ¡Abuelita es una necia!

HÉRCULES.- Creo que sí, señora.

FLORA.- Que os trata como a un chicuelo.

HÉRCULES.- Creo que sí, señora.

FLORA.- Pero vos sois un hombre...

HÉRCULES.- Creo que... sí, señora. (Con mucha viveza.)

FLORA.- Pues bien, es preciso enviar a paseo a abuelita.

HÉRCULES.- (Con candor.) Yo la enviaría con mucho gusto, señora.

FLORA.- Y por mi parte, deseo darle una lección por el modo que ha tenido de tratarnos a Napoleón y a mí. ¿Queréis ayudarme a ello?

HÉRCULES.- Yo bien quisiera... (Titubeando.) pero se entiende que no es por Napoleón.

FLORA.- ¿De veras? (sonriéndose.)

HÉRCULES.- Confieso que me gustáis más que ese grande hombre.

FLORA.- Entonces, para deshaceros de abuelita y vengarme de ella al mismo tiempo, no hay más que un medio.

HÉRCULES.- ¿Cuál?

FLORA.- Robadme.

HÉRCULES.- ¡Cómo! ¿robaros el qué? (Con tono simplón)¿eh? Pero si no tengo caballos.

FLORA.- Tomáis los míos.

HÉRCULES.- Si no tengo coche.

FLORA.- Tomáis el mío.

HÉRCULES.- No tengo criados.

FLORA.- Pues bueno, me robáis con mis caballos, mi coche y mis criados.

HÉRCULES.- Voy a pedir dinero a abuelita. (Dirigiéndose hacia la posada.)

FLORA.- ¡Cómo!... ¡Aquí, Hércules! ¡Pero estáis loco!

HÉRCULES.- No del todo aún, pero creo que lo estaré en el camino.

JOSÓN.- El carruaje está esperando, señora. (De postillón.)

HÉRCULES.- Vámonos: ea, vámonos... vámonos!

FLORA.- Partamos. (HÉRCULES la coge del brazo.)

VERMANDOIS.- (Dentro.) ¡Hércules! ¿Pero dónde ha ido? ¡Hércules!

HÉRCULES.- Sí, abuelita. (Con FLORA.)

VERMANDOIS.- ¡Hércules! ¡qué veo! (Desde la ventana.) Aquí, Hércules.

HÉRCULES.- No puedo, abuelita... estoy haciendo un rapto.

VERMANDOIS.- ¡Insolente! ¿Y te atreves?... ¡ah!

(Desaparece de la ventana. HÉRCULES y FLORA se escapan por la izquierda. Óyese un gran ruido en el foro. MAGDALENA ha salido de la posada para ver lo que pasa.)

Escena IX

MAGDALENA, CASTEL, el baron de ROLLAC, BELFEGOR, GRELU, ALDEANOS.

MAGDALENA.- ¿Qué es lo que pasa?... ¡Tanta gente! parece una disputa; ¡y Guillermo, mi marido, en medio de todos esos hombres!... ¡Dios mío! ¡Ah! (Dando un grito. Todos salen a la escena.)

GRELU.- (A los aldeanos.) Vamos, vamos, nada de grupos, u os hago arrestar a todos por el guarda. (A BELFEGOR.) Vos os habéis portado, y ahí tenéis el permiso para dar funciones, valiente Belfegor.

ROLLAC.- ¡Belfegor!

BELFEGOR.- Muchas gracias, señor magistrado.

ROLLAC.- (Aparte.) Belfegor es el hombre que yo busco. (Habla bajo a GRELU.)

MAGDALENA.- Guillermo, ¿pero qué ha sucedido?

BELFEGOR.- Hija, la cosa no ha durado mucho; pero yo no creí que tenía tanta fuerza.

CASTEL-BLANC.- Vuestro marido, señora, acaba de tomar bizarramente nuestra defensa.

ROLLAC.- La verdad es que ha venido a nuestro socorro muy a tiempo.

MAGDALENA.- Pero en fin.

CASTEL-BLANC.- He aquí el caso. El señor (Señalando a ROLLAC.) ha tenido una quimera con unos campesinos, y como eran cuatro contra él, yo emprendí con los cuatro a latigazos.

BELFEGOR.- Llego yo a este tiempo, y me veo a estos dos señores rodeados, no ya de cuatro, sino de ocho hombres.... ocho, armados de palos y horquillas, jurando acabar con los dos... Y como el señor me había hablado antes con bondad e interés, del mismo modo que él emprendió con los cuatro, emprendí yo con los ocho... Pero figúrate, Magdalena, que lo más particular ha sido que a cada puñetazo que yo arrimaba venía un hombre al suelo, como si fuera de cartón; de tal modo, que a los cinco minutos los ocho estaban patas arriba, mirándome como una maravilla o un fenómeno. Y el más asombrado de todos era yo; yo, que por vez primera, a mi edad, acababa de descubrir que tengo la resistencia de un toro, la fuerza de un león... Oye, mujercita, ya no me voy a atrever a estrecharte entre mis brazos.

MAGDALENA.- ¡Mi buen Guillermo! ¿Pero no estás herido?

BELFEGOR.- Es que yo me creía como todo el mundo, yo que jamás he reñido con nadie... ¡Ay, Dios mío, y mis hijos! tal vez los habré hecho daño cuando para adiestrarlos les he estirado las piernecitas y los brazos. (Temblando) Y mi pobre pequeñuela quizás por eso esté tan pálida y tan enclenque... ¡Oh! si no fuera así, Magdalena...

CASTEL-BLANC.- (¡Excelente hombre!)

MAGDALENA.- No, no, ya sabes que nació delicada; sabes que entonces...

BELFEGOR.- Entonces sí, es verdad, yo no la cogía en brazos sino para acercar a mis labios su carita de ángel... ¡Ah! no importa, ya no me atreveré a tocar a mis hijos, tendré miedo de lastimarlos sin querer.

MAGDALENA.- Sosiégate, yo respondo de ti.

BELFEGOR.- Ea, vamos; aquí tengo ya el permiso, preparemos la barraca. (BELFEGOR y MAGDALENA se dirigen a la carretela, bajan los timbales y diversos objetos.)

ROLLAC.- A mí solo me resta dar las gracias por su generoso auxilio al señor conde de Castel-Blanc.

CASTEL-BLANC.- Y decidme, señor mío, a quién tengo el honor de hablar.

ROLLAC.- Me llamo el baron de Rollac.

CASTEL-BLANC.- ¡El barón de Rollac!... ¿Venis de América?

ROLLAC.- Sí.

CASTEL-BLANC.- ¿No murió en vuestros brazos, en Alemania, el marqués de Montbazón?

ROLLAC.- Sí... sí, en mis brazos murió... (Algo cortado.) verdad es.

CASTEL-BLANC.- Pues yo os he visto antes de ahora, caballero...

ROLLAC.- ¡Cómo! vos me habéis... (Con un movimiento.)

CASTEL-BLANC.- Eráis muy jóvenes entonces, un niño casi, cuando acababais de llegar al ejército de Condé.

ROLLAC.- Cierto que sí...

CASTEL-BLANC.- Hará veinte años de esto...Confieso que no os hubiera conocido.

ROLLAC.- Nada tiene de extraño... la edad y mi larga permanencia en América...

CASTEL-BLANC.- Los Montbazón tendrán sumo gusto en conoceros... yo soy de la familia, cuñado del marqués, y aquí tenéis en esta misma posada a la señorita de Vermandois, su tía, y al joven vizconde de Montbazón, su sobrino.

ROLLAC.- ¿Qué sois pariente de los Montbazón decís?

CASTEL-BLANC.- Sí.

ROLLAC.- ¡Ah! me felicito de este encuentra. Decid, entonces sabréis que el pobre marqués de Montbazón, que murió en mis brazos dejó un sucesor, una hija.

CASTEL-BLANC.- Una hija, en efecto, que desapareció siendo muy pequeña, durante la revolución, y que desde entonces hemos buscado inútilmente.

ROLLAC.- Yo creo haber descubierto su paradero.

CASTEL-BLANC.- ¡Será posible!

ROLLAC.- Sí, señor ¿Dónde paráis?

CASTEL-BLANC.- Aquí, en el León de oro.

ROLLAC.- Pues bien, tened la bondad de esperarme en vuestro cuarto, yo iré a buscaros dentro de un instante, y os diré todo lo que sé acerca de esa niña. Tengo que terminar aquí un asunto importante. Hasta después, señor conde.

CASTEL-BLANC.- Hasta después, caballero. (Entra en la posada.)

ROLLAC.- (Solo.) Vamos, valor, Lavarenes, ya estás recibido, aceptado bajo el nombre de Rollac. El verdadero Rollac ha muerto, allá, en América, y la mar no devolverá su cadáver. Era el último de su familia, tú posees todos sus papeles, y entre ellos has hallado un escrito que puede hacer tu fortuna. Sí, sí, logre yo volver a los Montbazón la hija que gracias a ese escrito he descubierto, y nada tengo que temer ya de la justicia. Vamos, mostremos habilidad y mi porvenir está asegurado.

Escena X

ROLLAC, BELFEGOR.

ROLLAC.- (Deteniendo a BELFEGOR que se separa del carruaje, y va a entrar en la posada.) Payaso, oye aquí, tenemos que tratar de un asunto juntos, camarada.

BELFEGOR.- Caballero...

ROLLAC.- ¿Sabes que hace tiempo que te andaba buscando?

BELFEGOR.- ¿Vos me buscabais a mí?

ROLLAC.- Sí, a ti, Guillermo, o por otro nombre Belfegor, ya ves que te conozco.

BELFEGOR.- ¡Miren la agudeza! hay cien mil en Francia que me conocen así.

ROLLAC.- ¡Oh! es que yo te conozco algo más que esos, mejor que tú mismo.

BELFEGOR.- ¡Oiga! ¿Conque sois del oficio? (Riendo.) ¿me vais a decir la buena ventura?

ROLLAC.- ¿Por qué no? yo he viajado mucho, y sé leer en el destino de los hombres.

BELFEGOR.- ¡Ja! ¡ja! ¡ja! esa es buena. (Riendo.)

ROLLAC.- ¿Quieres enseñarme la mano?

BELFEGOR.- Aquí tenéis las dos. Pues señor, vamos a divertirnos. (¡Es un señorito chusco!) Conque decíamos... ¿La derecha o la izquierda? (Presentándole ambas manos.)

ROLLAC.- La que tú quieras. Decíamos... que tú estás casado hace doce años.

BELFEGOR.- ¡Vaya una ciencia! cuando se tiene un hijo de once, y uno no es raquítrico, fácil es de adivinar que hará una docena de años...

ROLLAC.- Ese casamiento hará tu suerte.

BELFEGOR.- Ya la ha hecho; me ha dado dos querabines... dos hijos como dos soles... ¿Qué más? (Riendo.)

ROLLAC.- Esa mujer con quien te casaste en una aldea de Bretaña, no era hija del pobre jornalero que te la otorgó.

BELFEGOR.- Eso es verdad. (Grave.)

ROLLAC.- Aquel jornalero te dijo que el nacimiento de su hija adoptiva era un misterio.

BELFEGOR.- Con efecto.

ROLLAC.- Que un hombre de aspecto miserable se la había confiado cierta noche, y que el tal hombre, que debía volver a los tres días, no había parecido más.

BELFEGOR.- Sí.

ROLLAC.- Esto, en cuanto a lo pasado; y ahora tocante a lo porvenir.

BELFEGOR.- Perdonad, perdonad, señor mío... (Con una especie de asombro lleno de candor.) ¡Pero qué! ¿es verdad que se puede vaticinar lo que ha de suceder?

ROLLAC.- ¡Y tú me lo preguntas, tú! que tienes ese oficio.

BELFEGOR.- ¡Ahí veréis! hace quince años que te ejerzo sin creer en él.

ROLLAC.- No importa, escúchame: Magdalena será para ti el origen de una gran fortuna, porque Magdalena pertenece a una ilustre familia, noble al par de los príncipes de la sangre, rica de muchos millones, y la cual te daré a conocer.

BELFEGOR.- (Despavorido.) ¡Ella! ¡Magdalena! noble... ¡noble de muchos millones, rica como los príncipes de la sangre! Y vos me aseguráis...

ROLLAC.- Te juro que todo esto es verdad.

BELFEGOR.- ¡Rica! ¡ella, mi mujer!... y mis hijos millonarios en fáfara! ¡Ah! ¡Bah! eso es imposible, vos queréis burlaros de mí.

ROLLAC.- Todo ello es verdad... muy verdad... Dentro de un instante te presentaré la prueba... y para que no puedas ya dudar de mi palabra, toma, (Dándole un bolsillo.) ahí tienes prenda sobre el caudal que te pertenece... veinte y cinco luises; es un pequeño adelanto.

BELFEGOR.- ¡Veinte y cinco luises! No, no hay príncipe que quiera divertirse a este precio de la credulidad de un pobre hombre.

ROLLAC.- Aguárdame aquí; dentro de un instante todas tus dudas quedarán disipadas. (Al salir.) (Vamos, mi fortuna empieza.)

BELFEGOR.- (Estupefacto.) ¡Millonarios! ¡Magdalena!... ¡Enrique!... hijos míos, venid... venid todos... venid corriendo.

Escena XI

BELFEGOR, MAGDALENA, ENRIQUE, la NIÑA.

MAGDALENA.- ¿Qué tienes, Guillermo?

BELFEGOR.- ¿Qué tengo? qué tengo, ¿eh? Apara tu gorra, muchacho. (Echando monedas de oro en la gorra de ENRIQUE.) Toma; ahí tienes lo que tengo, y eso no es más que una miseria al lado de lo que vamos a tener.

ENRIQUE.- ¡Uy! ¡cuánto dinero!

MAGDALENA.- ¡Oro!

BELFEGOR.- ¡Unas cuantas monedas! (Con alborozo.) ¡una miseria... una miseria para ti, mujer! para ti, que eres la hija de un conde, de un duque, de un príncipe, ¿qué sé yo?

MAGDALENA.- ¿Qué estás diciendo?

BELFEGOR.- Sí, sí, todo eso es tuyo. Vamos, abrazadla, hijos míos. ¡Ah! mi pobre Magdalena, yo la adoraba demasiado, era preciso que fuese más que yo...

MAGDALENA.- Guillermo... marido mío. (Trémula.) Pero... ¿pero es de veras cierto todo lo que me estás diciendo?

BELFEGOR.- ¡Toma! ¿pues para qué crees que te ha hecho Dios tan hermosa?... Dentro de un instante, Magdalena, tendremos todas las pruebas en nuestras manos.

MAGDALENA.- ¡Ricos! vamos a ser ricos! (Besando a sus hijos.) ¡Ah, hijos de mi alma! ¡pobres hijos míos! ya no se me partirá el corazón de veros cubiertos, de harapos y casi mendigando...

BELFEGOR.- ¿Qué es lo que dices?

MAGDALENA.- Ya no sofocaré más mis lágrimas y mis angustias... no veré violentar vuestra tierna naturaleza... no temblaré a cada paso por vuestra vida! ¡Oh, hijos míos!... ¡hijos míos!... ¡qué dichosa soy!

BELFEGOR.- ¡Magdalena, Magdalena! hay en tu alegría algo que me hace mal... ¿Luego tú sufrías tanto, pobre mujer?

MAGDALENA.- (Dándole la mano.) ¡Qué importa si he podido ocultártelo!

ENRIQUE.- (Abrazándola) ¡Madrecita mía, madre querida!

BELFEGOR.- ¡Enrique! es un ángel que Dios nos ha dado.

MAGDALENA.- ¡Un ángel! no, Guillermo, porque ahora puedo decírtelo que vamos a ser ricos, mi cariño materno no era sólo el que sufría... sentía a las veces en mí como instintos de coquetería, deseos de lujo, de riqueza, de bienestar... mi sangre se sublevaba contra la miseria.

BELFEGOR.- Y tu sangre tenía mucha razón... era la sangre de vuestros antepasados, señora! pero tú no te avergonzabas de mí, ¿no es verdad?

MAGDALENA.- ¡Guillermo! tú me has consolado de todo lo que he sufrido.

BELFEGOR.- ¡Gracias! Y ahora no hay que hablar ya de sufrimientos ni de privaciones; alegría, y nada más que alegría.

Escena XII

DICHOS, ROLLAC.

ROLLAC.- Aquí estoy.

BELFEGOR.- Es él; nos trae las pruebas.

MAGDALENA.- Veamos, veamos.

ROLLAC.- Aguardad, señora, y escucharme. El pobre jornalero que os ha criado, Pedro Valín, os recibió de manos de un extraño... ahora bien, a pesar de los andrajos de que iba

cubierto, aquel desconocido era un noble, cuya cabeza estaba puesta a precio, y que se fugaba disfrazado!

MAGDALENA.- ¡Mi padre!

BELFEGOR.- Seguid, caballero.

ROLLAC.- Viose obligado a incorporarse con el ejército de Condé, sin haber podido, señora, reclamaros, porque las tropas republicanas vinieron a interponerse entre vos y él.

BELFEGOR.- ¿Y el nombre de ese señor?

MAGDALENA.- ¿Sí, el nombre de mi padre?

ROLLAC.- Lo sabréis ahora. Trascurrieron algunos días y se dio la batalla... El marqués, porque era marqués...

BELFEGOR.- ¡Conque este es un marquesito!.. (Señalando a ENRIQUE.) Ea, salta, marqués.

ROLLAC.- El marqués iba a la cabeza de la vanguardia... y fue herido gravemente uno de los primeros... pero a su lado combatía un amigo... el caballero de Rollac... y ese caballero era yo.

MAGDALENA.- ¡Vos, el amigo de mi padre!

ROLLAC.- Él le recibió... quiero decir... yo le recibí en mis brazos, y el marqués antes de morir pudo trazar estas pocas líneas. (Desdobla un papel y lee.) «La niña que existe en poder de Pedro Valín, jornalero de Chaumont, cerca de Saint-Brie, le ha sido confiada por mí, y declaro al morir que esa niña es mi hija. Lego al caballero de Rollac el encargo de buscarla y reclamarla. - Firmado. - El marqués de...»

BELFEGOR.- ¿De?

ROLLAC.- Más tarde lo sabréis.

BELFEGOR.- ¡Oh! nosotros no tenemos prisa. (Moviéndose.) ¡Voto va! (Con alegría.) ¡Tente derecho, marqués! (A ENRIQUE.)

MAGDALENA.- ¿Y mi madre, caballero?

ROLLAC. El marqués la había ya perdido pocos días después de vuestro nacimiento...

BELFEGOR.- ¿Pero cómo es que hasta ahora únicamente?...

ROLLAC.- ¿No se han hecho pesquisas?... es muy sencillo... De la familia de vuestro padre, señora, no quedan por línea recta más que un anciano, vuestro abuelo, y después de este algunos colaterales; una señora de edad, hermana suya, y un sobrino menor, si no me engaño. Todos estaban emigrados.... todos ignoraban en poder de quién había dejado el marqués a su hija. El caballero de Rollac lo sabía únicamente, es decir, yo era el único que lo sabía, y la noche misma de aquella sangrienta batalla, a fin de salvar mi cabeza, me embarqué para América... Allí tuvo un desafío, en el que fui herido casi mortalmente por un tal Lavarenes. Y el secreto de vuestro nacimiento hubiera sido sepultado conmigo...

BELFEGOR.- Si no os hubiesen vuelto a la vida.

ROLLAC.- Sí, precisamente... En fin, después de varios reveses y aventuras, he podido regresar a Francia hace un mes, y bendigo la casualidad que en tan poco tiempo de indagaciones me ha permitido hallaros. ¿Seguiréis pensando ahora que os he engañado?

BELFEGOR.- ¡Oh! no, no, os creemos.

ROLLAC.- En ese caso fijemos las bases de nuestro convenio, estipulemos las condiciones.

BELFEGOR.- ¿Nuestro convenio? (Admirado.)

MAGDALENA.- ¿Qué significa?

BELFEGOR.- Nuestras condiciones... ¡Ah! entiendo: es decir perdonad, caballero, no he cogido bien...

ROLLAC.- Se trata sin embargo de un asunto bien sencillo. Según ya os he dicho, la familia de esta señora es rica, inmensamente rica... y una de las primeras de Francia por su nobleza... ¿De qué modo suponéis vos que debe proceder?

BELFEGOR.- Yo no supongo nada... Tenemos, según acabáis de decirnos, un anciano que se volverá loco de alegría por haber encontrado a la hija de su hijo... tenemos por otro lado al marido, que se está deshaciendo por llevársela... Conducidnos adonde él está, caballero, y si tiene corazón de padre, veréis cómo nos entendemos.

ROLLAC.- ¿Donde él está?... ¿pero vos no pensáis en lo que decís?

MAGDALENA.- ¿Cómo?

BELFEGOR.- ¿Qué queréis decir?

ROLLAC.- ¡Acaso puede él presentar como cosa suya a la mujer del payaso Belfegor, a los hijos del payaso Belfegor!

MAGDALENA.- Caballero...

BELFEGOR.- Mujer, llévate a los niños; todavía no han aprendido a avergonzarse de su padre. (MAGDALENA se los lleva y vuelve.)

MAGDALENA.- ¡Dios mío!

BELFEGOR.- Vamos a ver, caballero; explicaos claramente, y sobre todo explicaos pronto.

ROLLAC.- Pues bien, he aquí lo que tengo que proponeros en nombre del abuelo de esta señora... Como ninguna mancha debe empañar el blasón de tan ilustre familia, esta señora... (Sonriéndose.) que no puede aparecer como esposa vuestra, será presentada en el mundo como viuda de algún grande, muerto en el extranjero.

MAGDALENA.- ¡Viuda! ¡yo! (Con energía.)

BELFEGOR.- (Conteniéndose.) Proseguid, proseguid señor mío.

ROLLAC.- Podrá, si su cariño lo exige, llevarse con ella uno de sus hijos.

MAGDALENA.- ¡Uno de mis hijos!

BELFEGOR.- Seguid, seguid.

ROLLAC.- Se os asegurará la suerte del otro, y...

BELFEGOR.- ¿Y el marido? no hemos hablado del marido. (Con frialdad.)

ROLLAC.- Cualesquiera que sean sus exigencias, serán respetadas; vos mismo podéis fijar la cantidad.

BELFEGOR.- ¡La cantidad! (Estallando.) ¡conque se trata de cantidad! Callad, callad, por vuestro propio decoro; no se viene a la faz de Dios y a la clara luz del día a proponer a un padre que venda a su mujer y a sus hijos.

ROLLAC.- ¿Pensaríais en negaros?

BELFEGOR.- ¡Oyes, Magdalena, me preguntas si pienso en eso!

ROLLAC.- Reflexionad lo que hacéis, la ley está por nosotros.

BELFEGOR.- La ley reprueba vuestro trato.

ROLLAC.- (¡Ah! tú te opones a mis proyectos!..) Vuestra voluntad no es la única que hay que consultar.

BELFEGOR.- ¡Vamos, dile la tuya, Magdalena!

MAGDALENA.- Caballero, esa familia que todavía no conozco, nos adoptará a todos, o no adoptará a ninguno.

BELFEGOR.- ¡Bien! ¡Oh! yo no dudaba de ti, no.

ROLLAC.- Un casamiento como el vuestro, no une...

BELFEGOR.- ¿Qué osáis decir?

ROLLAC.- Digo que una familia tiene derecho de protestar contra los vínculos contraídos por una menor sin el consentimiento de esa familia; digo en fin, que si no aceptáis la fortuna que os ofrecen, los magistrados sabrán obligaros a devolver una mujer que no os pertenece. Nos veremos en breve. (Vase.)

Escena XIII

DICHOS, menos ROLLAC.

BELFEGOR.- ¡Una mujer que no me pertenece! ¿es eso verdad, Magdalena? ¿pueden las leyes separarnos?

MAGDALENA.- ¡Oh! no temas, Guillermo... yo no consentiré nunca en dejarte.

BELFEGOR.- No, tú no consentirás, bien lo sé... Pero los jueces... pero las leyes, como él dice... esas leyes con que me amenaza, yo, pobre de mí, no las conozco y tengo miedo.

MAGDALENA.- Vamos, tranquilízate, querido Guillermo.

BELFEGOR.- Que me tranquilice.... Mira, dime que van a venir ahí, diez, veinte a matarme en tu presencia, delante de tus ojos... y me verás sereno... pero quieren llevaros... ¡llevaros a todos!.. a ti, ¡Enrique mío! ¡a mi Juanita querida! ¡Oh! ¡esa idea me vuelve cobarde! ¡Tengo miedo, Magdalena, tengo miedo!

MAGDALENA.- ¿Pero qué quieres hacer?

BELFEGOR.- ¿Qué quiero?.... quiero.... (Llorando.) quiero tenerte... quiero tenerte conmigo... quiero... (Exaltándose.) ¡Sé yo acaso lo quiero!... quiero que no me roben mi familia!

MAGDALENA. Pues bien, tengamos serenidad y busquemos un medio.

BELFEGOR.- No hay necesidad de buscar, ya lo he hallado yo; vamos a partir.

MAGDALENA.- ¡Partir!

BELFEGOR.- En seguida, al instante. Bello-Amor. (Yendo a la posada.)

AMOR.- ¡Patrón! (Saliendo.)

BELFEGOR.- Mi caballo, corriendo, mi caballo.

AMOR.- Está haciendo lo que yo... (Asombrado y comiendo.) está tomando el pienso. (Guillermo hace un gesto, Bello-Amor obedece.)

BELFEGOR.- ¡Enrique! ¡Juana! (Llamando.)

ENRIQUE.- Aquí estamos, padre.

BELFEGOR.- ¿Nos marchamos, hijos, nos marchamos; no perdamos un minuto... Vamos, los trajes, las alfombras, el tambor, todo, todo al coche... (Diciendo esto, arroja al coche todo lo que había sacado de él; la misma niña lleva un lío, mientras que ENRIQUE y BELLO-AMOR enganchan el caballo; Belfegor los ayuda.) Pobre Babieca, a ti te toca salvarnos hoy. Ven aquí, tú; (A BELLO-AMOR.) los otros están ahí, ¿no es verdad?

AMOR.- Sí, sí, ¿pero qué hay?

BELFEGOR.- Nos marchamos sin ellos para no perder tiempo... Pero yo no soy de esos empresarios que se despiden de su gente presentándose en quiebra. Toma, distribúyelos eso, el oro de ese caballero!

AMOR.- ¡Oro!

BELFEGOR.- Anda. Ahora nosotros, muchacho. (BELLO-AMOR vase.)

MOZO.- Aquí estoy.

BELFEGOR.- (Trayendo al mozo al proscenio.) Dime la verdad, ¿no hay ningún caballo de posta?

MOZO.- Ninguno en este momento.

BELFEGOR.- (Dándole el resto del bolsillo.) Ten, toma esto; es de parte de un príncipe, lo oyes, de un gran príncipe que retiene y paga de antemano todos los caballos que vuelvan aquí por espacio de tres días, por tres días, ¿entiendes?

MOZO.- Está dicho.

BELFEGOR.- Toma, hijo mío, toma para ti. (Le da una moneda de oro.)

Mozo.- (Al marcharse.) Id descuidado; aunque volviesen cien caballos ni uno solo ha de salir.

BELFEGOR.- Ahora, todos a su sitio. (MAGDALENA y los niños suben al carruaje.) Tres días... tres días de delantera y yo conozco el país... (Sube al coche, y BELLO-AMOR a la trasera.) Conozco todos los atajos... Partamos. (En pie y con las riendas en la mano.) Guardad vuestras riquezas, señor duque; yo, me llevo mi tesoro.

ACTO SEGUNDO

Una buhardilla. - Chimenea a la izquierda, en primer término, más allá una puerta. - Ventana grande al foro, puerta de entrada a derecha e izquierda.

Escena I

BELFEGOR solo, ocupado en hacer las faenas de la casa.

BELFEGOR.- ¡Eh! ya está todo en orden; eso menos tendrá que hacer Magdalena cuando se levante... ¡Creo que la niña llora!... (Escuchando.) Va a despertar a su madre... ¡No, las dos duermen!.. Duerme, pobre mujer, y haz por olvidar los goces que te han hecho entrever. ¡Oh! no lo puedo remediar; desde aquel día no puedo desechar mis temores. Me parece que Magdalena está pesarosa; observo todas sus acciones, medito todas sus palabras... y paso así de la sospecha al enojo... ¡Oh! aquel caballero pícaro me ha hecho muy desgraciado.

Escena II

BELFEGOR, ENRIQUE, BELLO-AMOR, con provisiones.

BELFEGOR.- ¡Ah! ¡eres tú al fin!.. ¿Dónde está Enrique?

AMOR.- Ha venido conmigo a la plaza; por la otra escalera sube.

ENRIQUE.- (Saliendo.) ¡Alegría! ha salido el sol y podremos trabajar en la plaza; vamos a tener mucha gente y a recoger mucho dinero. Buenos días, papá.

BELFEGOR.- No metas ruido, que está durmiendo tu madre. Este diablejo entra siempre como un torbellino.

ENRIQUE.- ¡Pobre mamá! Voy a andar de puntillas, como un céfiro.

BELFEGOR.- Las personas acomodadas se están en la cama hasta las nueve; yo quiero que ella duerma hasta las nueve, ¿entiendes? ¡Pues no faltaba más!.. Porque en fin, si ella quisiese... pero no quiere... nos ama a nosotros demasiado para otra cosa.

ENRIQUE.- ¡Oh! ¡bien seguro! Ayer, sin ir más lejos, nos cogió en brazos a Juanita y a mi; nos dio una infinidad de besos en la frente, en las manos, hasta en el pelo y después nos dijo llorando: No, yo no os dejaré nunca.

BELFEGOR.- ¡Ha dicho eso!... ¡y llorando la pobrecita! Y tú te estás así con los brazos cruzados en vez de darte prisa a limpiar esa verdura. Ea, pronto, a hacer las sopas. Vamos, Bello-Amor, a pelar, a pelar, a pelar, hijo mío.

AMOR.- No tengáis cuidado, patrón, así fuera una ave... las patatas me conocen, somos amigos antiguos. (Honda una patata.)

BELFEGOR.- ¡Bárbaro! ¿Qué estás haciendo? las quitas la mitad. ¿Quién ha visto mondar una patata de ese modo? Voy a enseñarte como se hace con primor... Se coge la patata con cariño, entre el pulgar, el índice y el dedo de corazón, y se le imprime al cuchillo un movimiento suave y delicado... así... que baste a levantar el pellejo sin mutilar la patata... ¿lo ves?

AMOR.- ¡Y este hombre no es sub-prefecto!

BELFEGOR.- Ahora pongamos la mesa sin ruido y sin mucho ir y venir.

ENRIQUE.- Eso es. (BELLO-AMOR coge los platos y deja caer uno al suelo.)

AMOR.- ¡Por vida de!...

BELFEGOR.- ¡Animal! ¡Te dije que no metieras ruido! (Le da un puntapié por detrás, BELLO-AMOR deja caer los demás platos.)

ENRIQUE.- ¡Ah! eran los únicos que quedaban.

BELFEGOR.- Quiere decir que así no romperá ya más. (A ENRIQUE.) Toma, ahí tienes tu pantalón de carnes, que te he remendado lo mejor que he podido, ¡cuidale bien!.. Cuando haces el salto doble de carpa y te dejas caer abierto de piernas, doblas demasiado las corbas, ya te lo he dicho cien veces... violentas así el pantalón y crac! trabajo para Magdalena.

ENRIQUE.- ¡Oh! perdóname, papá: mira, voy a decirte la verdad; me encojo sin querer, porque al pronto tengo miedo, pero ya se me pasará. Después se me ocurre, y digo: es por tu buena madre, es por tu hermanita por quien estás trabajando, Enrique... y eso basta para tenderme bien.

BELFEGOR.- ¡Ven que te de un abrazo, ven, hijo mío! ¡Has sacado el corazón de tu madre!

Escena III

DICHOS, CATALINA.

CATALINA.- (Sorprendiendo a BELFEGOR y a ENRIQUE abrazados.) Así quiero yo encontrará la gente. Eso le alegra a uno el alma... Buenos días, vecino.

BELFEGOR.- ¡Ah! es nuestra excelente vecina, la buena señora Catalina, la única persona tal vez en el mundo entero que se interesa por nosotros.

CATALINA.- Yo soy amiga de las gentes honradas. ¿Pero qué es esto? ¿y Magdalena?

BELFEGOR.- Está durmiendo.

CATALINA.- Y entre tanto vos hacéis las haciendas de la casa.

BELFEGOR.- ¡Oh! así, por cima no más, para distraerme; a mí me entretiene eso, y a ella no le gusta mucho barrer ni limpiar... ya se ve, tiene unas manos tan blanquitas y tan finas!... ¿Habéis reparado alguna vez qué bonitas manos tiene mi mujer?

CATALINA.- Sois muy bueno, señor Guillermo. (Sonriéndose.) Y la pequeñita ¿cómo sigue?

BELFEGOR.- ¡Che! así, así; es idéntica a su madre: una ovejita, pero no levanta cabeza; ¡está tan pálida la pobre niña! en fin, madre e hija así me las ha dado Dios y así las quiero.

AMOR.- Estamos sin vino.

BELFEGOR.- ¡Pues cómo! anoche quedó la botella llena.

AMOR.- Es que... se me ha roto.

BELFEGOR.- Yo si que te voy a romper a ti alguna cosa el mejor día... (Dándole dinero.) Toma, corre. (Vase BELLO-AMOR.) Enrique, creo que anda Magdalena ya en su cuarto..... (Aplicando el oído y dirigiéndose a ENRIQUE.) se habrá levantado... Ea, ¡hop! anda a darla un beso y a saber si necesita algo.

ENRIQUE.- Entonces tu cuidarás de la comida.

BELFEGOR.- Sí, anda aprisa, y toma tu pantalón, te vestirás para estar pronto.(ENRIQUE entra en el cuarto de MAGDALENA.)

Escena IV

BELFEGOR, CATALINA.

BELFEGOR.- Este es otra cosa. ¡Un corazón de oro y unos músculos de acero! lo que se llama un hombre hecho y derecho. Por lo que hace a la niña, espero en Dios que se pondrá mejor: lo que tiene ahora es cansancio y nada más. Cuando pienso que hemos atravesado toda Francia para venir aquí, a Angulema, y que hemos caminado de prisa, de prisa...

CATALINA.- ¿Y por qué tenáis tanta prisa de llegar?

BELFEGOR.- No es de llegar de lo que tenía prisa, sino de alejarme, de huir... (Movimiento de CATALINA.) ¡Oh! no vayáis a creer que había hecho nada malo, ni que había quitado nada a nadie; al contrario.

CATALINA.- ¿Cómo al contrario?

BELFEGOR.- Sí, querían quitarme a mí lo que es mío, lo que me pertenece, lo que Dios me ha dado diciéndome: Toma, pobre Guillermo; tú eres solo y estás miserable, apenas tienes derecho de pisar con tus pies casi desnudos el empedrado de las plazas públicas. Pues bien, toma; eso será tu tesoro, tu consuelo, tu vida... y querían arrebátármelo... Pero ¿qué digo? perdonad, Catalina, éstas son cosas que no interesan más que a mí.

CATALINA.- ¿Cómo qué? mi buen Guillermo, ya sabéis que yo os quiero, que os estimo, y si por casualidad necesitáis alguna recomendación aquí en Angulema, decídmelo, yo conozco personas ricas, poderosas...

BELFEGOR.- Grandes señores, duques, caballeros, ¿no es verdad? No, no, yo no necesito su protección: que se estén ellos en su casa y Guillermo en la suya, y que cada uno se componga como pueda. La felicidad, sabedlo, no consiste en tener palacios, títulos y plata labrada a montones... la felicidad consiste en quererse mucho el marido, la mujer y los hijos... y partir juntos el pan que se ha ganado. (Con cariño.) Vos debíais, así como quien no quiere la cosa, hablarle de esto a mi mujer; ella os hace mucho caso a vos, y siempre es bueno que las jóvenes lo oigan.

CATALINA.- ¡Dejaos de tal cosa! ¿Teméis acaso que Magdalena desprecie vuestra desnudez, vuestra pobreza? es imposible... Cuando se tiene un corazón como el vuestro, y se quiere a su mujer como vos queréis a la vuestra, sería muy ingrata...

BELFEGOR.- Mi mujer es un ángel del cielo.... harto bien lo sé, y estoy muy tranquilo.

CATALINA.- ¿Y de qué podía quejarse? ¿qué podría desear?

BELFEGOR.- ¡Nada! ¡oh! nada, así lo espero... pero yo no quiero que crea que es desgraciada. (¡Dios mío! con tal que no esté pesarosa de lo que hemos hecho!)

CATALINA.- ¡Desgraciad!... ¡ella!... pues si vos os matáis por tenerla contenta, lo hacéis todo en la casa; todo, hasta la sopa, ¡y qué sopas! (Viéndole ocuparse de la comida.)

BELFEGOR.- ¿Os parece que estarán buenas, no es verdad?

CATALINA.- Yo respondo.(Acercándose.)

BELFEGOR.- ¿Después de todo, la gente rica no tiene otra manera de hacer las sopas, no es verdad?

CATALINA.- Seguramente que no.

BELFEGOR.- ¿Cuántas veces comen los ricos al día? tres o cuatro veces, lo menos.

CATALINA.- Creo que sí.

BELFEGOR.- ¡Pues entonces, yo quiero que mi mujer haga también sus cuatro comidas! ¡Ella se muere por las perdices, quiero que las coma todos los días, y cuatro veces al día! ¡Qué diantre! los ricos no pueden comer perdiz más de cuatro veces al día.

Escena V

DICHOS, MAGDALENA, ENRIQUE.

CATALINA.- Muy buenos días, querida vecina, de vos estábamos hablando.(La besa.)
¿Y la niña?

MAGDALENA.- He conseguido dormirla. (¡Pobre hija! ¡cada día me da más cuidado!)

BELFEGOR.- ¿Y tú, mujercita mía, has podido dormir?

MAGDALENA.- Yo, Guillermo... (¡Ah! ocultémosle mis temores.)

BELFEGOR.- ¿Eh? ¿qué es eso? ¿tienes los ojos fatigados? ¿será la niña que no te habrá dejado dormir? ¡Pobre hija mía! ¡Pobre Magdalena! (Sirviendo la sopa.) ¿Señora Catalina, tomaréis una cucharada con nosotros?

CATALINA.- Acepto gustosa; así podré hacer compañía a Magdalena mientras vos vais a trabajar a la plaza. (Se ponen a comer.)

BELFEGOR.- ¿Qué es eso, Magdalena, no comes?

MAGDALENA.- No, no me siento con apetito hoy.

BELFEGOR.- Haz un esfuerzo.

MAGDALENA.- No, gracias, Guillermo. (Prueba a tomar las sopas, y lo vuelve a dejar.)

BELFEGOR.- ¿No están acaso como a ti te gustan? las habré puesto saladas, o insípidas, o será que ese asno de Bello-Amor las habrá ahumado al encender la lumbre.

AMOR.- (Con la boca llena y tomando muchas cucharadas con avidez.) Sí, eso es, están ahumadas; vengan acá si no os gustan, patrona.

MAGDALENA.- ¡Guillermo! ¡mi bueno y excelente Guillermo! no te apures, las sopas no pueden estar mejores.

AMOR.- ¡Canario! yo lo creo.

MAGDALENA.- ¡Pero no tengo gana! (¡Pobre Juanita mía!)

BELFEGOR.- Entonces, bueno. Siendo así, tampoco yo tengo gana... Vamos, arriba, señor Bello-Amor.

AMOR.- Si no he acabado.

BELFEGOR.- Arriba, o empiezo yo. (BELLO-AMOR se levanta asustado.) Y tú Enrique, a buscar la trompeta.

ENRIQUE.- Sí, papá.

BELFEGOR.- Y la alfombra, mi silla de equilibrios, las espadas, las estopas, los cubiletes. ¿Tienes tú ahí el aro, Bello-Amor?

AMOR.- Sí, grande hombre.

ENRIQUE.- Partamos, papá.

BELFEGOR.- (Imitando el grito de los saltimbanquis.) ¡Eh! ¡eh! ahora ¡vais a ver señores! hoy ensayarnos la famosa suerte... Yo cojo la silla... mirad esto, Catalina; Jacobillo se sube encima guardando el equilibrio, en un pie, como la fama, yo me lo coloco todo sobre la cabeza, y voy recogiendo así las monedas, dando la vuelta al corro, mientras mi discípulo toca la corneta.... ¡Eh! ¡eh! ¡eh!

MAGDALENA.- Guillermo, me das miedo.

BELFEGOR.- ¡Pierde cuidado! es un capricho de artista.

ENRIQUE.- No tengas miedo, madrecita; desde la plaza adonde vamos, se ve esta buhardilla; yo miraré aquí arriba, y eso me dará seguridad.

MAGDALENA.- ¡Hijo querido!

CATALINA.- Hasta después, señor Guillermo.

BELFEGOR.- (Bajo.) Decidla lo que la quiero, buena Catalina; decidle sobre todo que habéis conocido duquesas, baronesas y princesas que no eran tan felices como ella... siempre es bueno. ¡Eh! ¡venid aquí! (Voz de saltimbanquis.) venid a ver los ejercicios y habilidades del inimitable Belfegor y de su discípulo. (Voz natural.) ¿Estamos ya, muchacho?

ENRIQUE.- Sí, maestro. (Con voz chillona.)

BELFEGOR.- Andando, pues, hijo mío.

MAGDALENA.- Adiós, Guillermo, adiós.

Escena VI

MAGDALENA, CATALINA.

MAGDALENA.- Me alegro en el alma que os hayáis quedado, Catalina; tenía que hablaros.

CATALINA.- Ya sabéis que podéis contar para todo conmigo, vecina.

MAGDALENA.- Yo no he querido afligir a mi marido hablándole del estado de Juanita, pero nadie me quitará de la cabeza que mi hija está muy mala... ¡oh! sí, muy mala.

CATALINA.- ¿Y que queréis hacer a eso? Es una desgracia a la cual es preciso resignaros.

MAGDALENA.- ¡Resignarme! ¡Qué fácilmente lo decís! ¡Resignarme! ¡oh! ¡no! Dios me protegerá. Dios me ha inspirado ya un buen pensamiento. Aquí, en el primer piso de esta casa, vive un señor muy rico a quien asiste uno de los primeros médicos de la ciudad. Yo quisiera llamar a ese médico, y consultarle acerca de mi niña.

CATALINA.- ¡Pobre mujer! ¡y pensáis en eso! ese médico no visita menos de diez francos.

MAGDALENA.- ¡Diez francos! ¡Dios mío! ¡diez francos!

CATALINA.- ¡Diez francos! sí, hija, por eso os decía que era preciso resignarse. Cuando uno es pobre como vos, cuando a unido su suerte a un infeliz...

MAGDALENA.- Catalina, ese infeliz es mi marido; y esa niña, por quien tanto sufro es su hija.

CATALINA.- Sí, ya lo sé, Magdalena. (¡Tiene razón, la pobre mujer! Pero no olvidemos lo que he prometido decirla.) Sí, eso que decís, es muy santo y muy bueno, Magdalena, pero no quita que las personas ricas sean afortunadas en poder cuidar bien a sus hijos, y atenderlos en todo; y no dejarlos carecer de nada, con lo cual una criatura débil llega a ponerse buena y robusta y a ser con el tiempo una hermosa joven, que si tiene buen dote hace después un brillante casamiento. ¡Ay! querida, va que tenéis tan buen corazón, y que sois una buena madre, Dios debía haberos hecho rica.

MAGDALENA.- ¡Rica! ¡rica! ¿A qué viene decirme eso, apesadumbrarme, destrozarme el corazón? bien sabéis...

CATALINA.- Sé... ¡sé todo lo que debo saber, Magdalena! Sé que si vos quisierais...

MAGDALENA.- ¡Cielos! Guillermo os ha dicho...

CATALINA.- Guillermo, no, se ha guardado sus secretos; ha sido otro, un señor excelente que os busca, que ha seguido vuestros pasos, que os ha hallado por fin, y que me ha hablado de vos.

MAGDALENA.- ¡Dios mío!

CATALINA.- Un digno hombre que no os persigue así, más que por asegurar vuestra suerte, la de vuestros hijos, de vuestros hijos a quienes tanto queréis, Magdalena.

MAGDALENA.- ¡Conque nos ha descubierto! ¡Oh! ¡si mi marido supiese!...

CATALINA.- Vamos, Magdalena, sed razonable; ese sujeto está aquí cerca, en mi cuarto, va a venir.

MAGDALENA.- ¿Va a venir?

CATALINA.- Vedle.

Escena VII

DICHAS, ROLLAC.

ROLLAC.- (A CATALINA.) ¡Dejadnos! (A MAGDALENA.) ¡Si, yo soy, señora, que vengo a saludar por segunda vez a la heredera de una de las casas más ilustres de Francia! a la hija del marqués de Montbazón.

MAGDALENA.- ¡Vos! ¡vos aquí, caballero! ¡Oh! ¡si Guillermo volviese!

ROLLAC.- Antes de seguir vuestros pasos escribí al señor duque, vuestro abuelo... La alegría volvió a renacer en su corazón al saber que existíais; que yo os había hallado. Después me fue preciso hacerle sabedor de vuestra fuga y de vuestra llegada a esta ciudad; pero al mismo tiempo tomé sobre mi el empeño de asegurarle que no estaba perdida toda esperanza.... Él os aguarda, señora.

MAGDALENA.- ¡No, no, no puedo! ¡no quiero!

ROLLAC.- Por orden del duque, uno de sus parientes más cercanos, el conde de Castel-Blanc ha llegado aquí con toda diligencia para acompañaros; sus criados con un carruaje están a dos pasos de aquí, siempre prontos, esperando vuestras órdenes... Reflexionadlo bien, señora; una familia entera os tiende los brazos; para ella es un luto que cesa, una esperanza perdida y recobrada por un milagro. Para vos es la riqueza, la felicidad.

MAGDALENA.- ¿Y Guillermo?

ROLLAC.- Se asegurará su suerte.

MAGDALENA.- Sí, pero se le rechaza, se le destierra, quieren que se marche, que yo no le vuelva a ver más.

ROLLAC.- ¡Vos le olvidaréis!

MAGDALENA.- ¡Olvidar a mi marido!

ROLLAC.- Vuestro marido... dejaos de eso.

MAGDALENA.- ¿Dudáis de ello? lo es ante la ley como lo es ante Dios, lo es por nuestro cariño y por nuestra miseria. Sí, yo soy su mujer, porque el sacerdote al unirnos me ha dicho: Magdalena, juráis vivir con este hombre así en la prosperidad como en la desgracia, así en estado de salud como en el de enfermedad, y no olvidarles nunca; ¿lo juráis, Magdalena? Y yo he respondido: lo juro. Ya veis que Guillermo es mi marido.

ROLLAC.- Pero el Marqués de Montbazón fue vuestro padre, y vos pertenecéis a su nombre, a su memoria antes de pertenecer a ese desastroso vagabundo.

MAGDALENA.- ¡Insultar al padre de mis hijos es insultarme a mi misma!

ROLLAC.- Perdonad, señora; vuestra familia está prevenida; os espera, os llama.

MAGDALENA.- Ella no necesita de mí, mientras que Guillermo...

ROLLAC.- Necesita de vos, señora, para que el anciano duque, de vuelta de su destierro, halle al menos a su lado a la hija de su hijo, y tenga algún consuelo en sus postreros días... Y si ella, esa familia necesita de vos, ¿no necesitáis vos de ella? ¿no tenéis corazón de madre, un corazón lleno de ansiedad y de ternura por vuestros hijos?

MAGDALENA.- ¡Dios bondadoso!

ROLLAC.- Sí, vuestros hijos, marchitos por la miseria, aniquilados por el trabajo, y a los cuales alejándolos de ese hombre, los alejáis tal vez de la muerte.

MAGDALENA.- ¡Ah! no puedo más... ¡mis hijos! ¡Dios mío! venid en mi ayuda. (Óyese un sonido lejano de tambor y corneta. MAGDALENA corre a la ventana y mira a la plaza.) ¡Allí están! ¡Guillermo! ¡Enrique! ¡oh! ¡esos horribles ejercicios! ¡Guillermo, tú vas a matar a mi hijo! no, no, se burla del peligro, le ha recibido en sus brazos, se sonrée con él, le besa... los dos levantan la vista hacia mí, y me envían besos... ¡Ah! ¡os amo, os amo! (Volviéndose a ROLLAC.) Retiraos, caballero; vuestras palabras han logrado conmover mi corazón por un momento; pero el vértigo ha cesado. Soy Magdalena, la hija del pobre jornalero; Magdalena con quien Guillermo ha partido el pan. No soy la hija de esos duques olvidadizos, que no se acuerdan de mí sino porque falta un nombre a su raza y una gota a su sangre... Salid.

ROLLAC.- (Saldré, sí; para volver en breve con refuerzo) (Con una humilde reverencia.) Señora marquesa de Montbazón, dentro de una hora me tendréis aquí. (Vamos a buscar al Conde.)

Escena VIII

MAGDALENA, a poco BELFEGOR.

MAGDALENA.- ¡Oh! sí ¡Dios me inspira! ¡Dios aprueba lo que hago! ¡estoy cierta de ello! pero Juana... ¡mi hija!... Duerme, ese sueño la hará bien, así lo espero... ¡Ah! si ese médico... pero diez francos. (Cuenta algunos monedas.) Cinco, seis, ¡ah! ¡aquí tengo veinte sueldos más! ¡Siete francos! Es toda nuestra riqueza, mientras que ellos, mis parientes... No, no, no quiero pensar más en eso.

BELFEGOR.- (Sin ser visto de MAGDALENA.) (¿Qué es esto? ¡un hombre acaba de pasar junto a mí en la oscuridad de la escalera, y ha vuelto la cara al verme! Es particular; he sentido como un sudor frío... Me pareció de pronto que era... Me habré engañado... sí... a no dudar. (Arrojando violentamente las espadas.) ¡Pero si fuese él!)

MAGDALENA.- Guillermo, me has dado miedo.

BELFEGOR.- ¡Ah! te he dado miedo, ¿y por qué?

MAGDALENA.- ¿Por qué?... ¿pero qué tienes? traes el semblante demudado.

BELFEGOR.- No tengo nada.

MAGDALENA.- ¿No has recogido bastante quizás?

BELFEGOR.- Sí... al contrario... he recogido tres francos y medio. (Me he engañado, a no dudar.)

MAGDALENA.- ¿Y Enrique, dónde está?

BELFEGOR.- ¡Enrique! (Distraído.) (Creo que el caballero es más alto.)

MAGDALENA.- Mírame, Guillermo, ¿quieres decirme lo qué tienes?

BELFEGOR.- ¿No ha venido nadie mientras yo he estado trabajando ahí abajo?

MAGDALENA.- (Cortada,) ¡No! nadie sino es Catalina, con quien he estado hablando de Juanita.

BELFEGOR.- (Se ha turbado; ¿sería capaz de engañarme?)

MAGDALENA.- (Si yo pudiese sin alargarle completar la cantidad para el médico.)

BELFEGOR.- (Está hablando para sí.) ¿En qué piensas?

MAGDALENA.- ¿En qué pienso? Pienso que... quisiera tener dinero.

BELFEGOR.- (Con amargura.) ¡Dinero! ¡Ah! sí, mucho dinero, todo el dinero que te hubieran dado esos grandes señores.

MAGDALENA.- Guillermo, hacéis mal en decirme eso.

BELFEGOR.- ¡Bueno! ¡eso es! hálame de vos ahora.

MAGDALENA.- Hacéis mal sobre todo en decírmelo en estos momentos.

BELFEGOR.- (Acalorándose) ¡Ah! ¿es decir qué estamos ya en el capítulo de los arrepentimientos?

MAGDALENA.- Yo... ¿me habéis oído nunca quejarme?

BELFEGOR.- ¡Oh! no siempre se queja uno alto, pero se sufre por dentro; se llora a la sordina... ¡y además, no me lo habéis ya dicho en aquella ocasión! «yo sentía en mí

deseos de lucir, instintos de lujo, de riquezas, de bienestar. Mi sangre, se sublevaba contra la miseria!» ¿Vuestra sangre de duquesa, no es esto?

MAGDALENA.- ¡Ah! me estáis insultando, Guillermo.

BELFEGOR.- ¡Imbécil, quita! ¡Pobre hombre, aparta! ¿qué puedes hacer tú, di, para que olvide su nacimiento? ¡échate a buscar! anda, adivina, inventa, rómpete la cabeza, aguza el entendimiento. Vamos a ver qué has descubierto para que la señora princesa sea dichosa? ¿Tienes oro, palacios, carruajes, criados vestidos de tambores mayores? No, tú no tienes nada, eres un pobre saltimbanquis, un payaso... ¿tú no puedes, no sabes más que amarla? ¿qué saca ella con que tú la ames? ya estás viendo que la fastidias, que está ahí inmóvil sin hablarte! ¡Ah! ¡lo veo claro! ¿tú quieres dejarme, no es verdad? ¿quieres huir de mí? ¡pues bien, parte, vete, déjame!

MAGDALENA.- ¡Guillermo!

BELFEGOR.- ¡Ah! ¡mira! ¡te mataría!

MAGDALENA.- ¡Dios Piadoso.! (Retrocediendo aterrada.)

BELFEGOR.- ¡Magdalena! (Después de una pausa y como volviendo en sí.) ¡Magdalena! ¿qué es lo que he dicho? ¡Oh! ¡perdona! no hagas caso de nada, Magdalena, mira, porque estoy loco, tengo manías, tengo ideas que me martirizan, ¿qué se yo? un hombre, un desconocido, menos que eso si quieres, una sombra pasa por mi lado, y al punto me alarmo y me exalto! ¿qué quieres? Yo te lo ruego, Magdalena, mírame... Escucha, ¡oh! ¡te amo tanto! no es contigo con quien me enfadé, es conmigo porque no puedo hacerte dichosa, como yo quisiera...¡Oh! ¡si yo pudiese, si yo supiese! pero no, lo ignoro todo, no puedo nada, y me digo: esta mujer que es tan joven, tan bella, no tendría más que pasar ese umbral para ser marquesa, para ser... ¡yo no sé!. Porque...¡porque vos haríais una hermosa marquesa, vaya!

MAGDALENA.- (Sonriéndose.) ¡Lo crees tú, mi buen Guillermo!

BELFEGOR.- ¡Se ha sonreído! ¡ha dicho mi buen Guillermo! ¡Tú me perdonas, ¡Magdalena! ¡me, perdonas!

MAGDALENA.- ¡Sí, sí!

BELFEGOR.- ¡Oh! ¡cuán buena eres! Pero no, no me perdones aún, déjame así a tus pies, tus manos en las mías, déjame mirarte... ¡Oh! ¡decir que puede uno amar tanto! Si alguno nos viese... (Levantándose.) ¡Eh! ¿y qué? ¿qué hay de malo en ello? ¡el cariño no cuesta dinero! Dios nos lo da gratis, y los pobres, que no tenemos otra cosa, pues! nos atracamos de él... (Bajo.) Vamos, vamos no era el caballero, ni quien tal pensó.

MAGDALENA.- Sea en buen hora; así es como yo te quiero.

BELFEGOR.- ¡Me quieres!.... (Extasiado.) Dime ahora, Magdalena?...

MAGDALENA.- ¿Eh?

BELFEGOR.- ¡Vamos a ver! ¿qué podría yo hacer hoy para que estuvieses contenta todo el día?

MAGDALENA.- ¿Para que esté muy contenta?

BELFEGOR.- ¿Sí, y que me perdones del todo?

MAGDALENA.- ¿Del todo?

BELFEGOR.- Sí, habla, dime lo que quieras.

MAGDALENA.- Pues bueno; dame los tres francos que has ganado esta mañana. (Así completaré los diez para el médico.)

BELFEGOR.- ¡Hum! ¡Coqueta! es para comprar una gorra.

MAGDALENA.- ¿Crees eso?

BELFEGOR.- Con cintas y marabuses.

MAGDALENA.- (Esforzándose para reír.) ¡Pues ya! o soy o no soy marquesa.

BELFEGOR.- ¡Es verdad! ¡es verdad! ¡oh! mira, tú eres demasiado bonita para un hombre sólo.... es decir... poco a poco... Vamos, acerca la mano, toma. (Le da el dinero.)

MAGDALENA.- ¡Oh! gracias, Guillermo, gracias.

BELFEGOR.- ¿Qué es eso? ¿dónde vas?

MAGDALENA.- Voy a buscarla corriendo. (Voy a buscar al médico.)

Escena IX

BELFEGOR, a poco CATALINA.

BELFEGOR.- ¡Bien poca ambición es una gorra! el vestido que lleva está por cierto muy raído, y el chal todavía peor... no vale maldita la cosa... ¡Oh! ahora que pienso!.. ahí tengo diez francos metidos en una punta de mi pañuelo, que yo guardaba para comprarme un sombrero y unas botas de lance... las mías han empezado a reírse hace ya días, y el sombrero va teniendo una fortuna que no es forma... pero ¡bah! he corrido toda la ciudad

y no he encontrado nada a mi gusto; decididamente no me compro chapeo en Angulema. Todos estos sombrereros tienen hormas detestables, y en cuanto a las botas, aguardaré hasta que vaya a París... al palacio real, en casa Sakouski, que calza solo para ir en coche... ¡Ah! ¿otra vez por aquí, Catalina?

CATALINA.- ¡Calle! ya estáis de vuelta.

BELFEGOR.- Me voy ahora mismo.... Si Magdalena vuelve antes que yo, la diréis que he ido en busca de Enrique, que se ha quedado en la plaza, y que nos vamos a pasear por la ciudad. ¡Ah! a propósito: decidme... ¿cuánto viene a costar un buen chal de esos de colores?

CATALINA.- ¿Un cachemir?

BELFEGOR.- Sí, un cachemir.

CATALINA.- ¿De la India?

BELFEGOR.- Sí, de la India.

CATALINA.- ¿Y para qué queréis saber eso vos?

BELFEGOR.- Decídmelo, no importa.

CATALINA.- ¡Toma! eso puede costar hasta mil o mil quinientos francos.

BELFEGOR.- ¡Mil quinientos francos! ¡mil quinientos francos! ¡ay, Dios mío! Y decidme, ¿no los hay algo más baratos? Y quisiera gastar, así, unos diez francos.

CATALINA.- ¿Os chanceáis?... por ese precio apenas encontraréis un chal de lana estampado.

BELFEGOR.- ¡Un chal de lana estampado! ¡pues ya se ve que es muy bonito un chal de lana estampado! y siempre son de moda. ¡Tonto de mí, que no se me ha ocurrido! Magdalena se muere por los chales de lana estampados. Adiós, vecina. (Volviendo.) Mamá Catalina?

CATALINA.- ¿Vecino?

BELFEGOR.- Mi mujer quizás no sepa que hay chales de mil y quinientos francos... no se lo digáis, ¿eh? es inútil... Hasta después.

Escena X.

CATALINA, a poco MAGDALENA y el MÉDICO.

CATALINA.- (Sola.) No lo puedo remediar, me da pena este pobre hombre; pero ¡cómo ha de ser! es por la felicidad de Magdalena, el caballero de Rollac me lo ha dicho... ¡Dónde habrá ido ella ahora? ¿Pero qué veo? ha vuelto a subir, está ahí con el médico al lado de la niña; aquí vienen.

MAGDALENA.- ¿Qué tenéis que decirme, doctor?

DOCTOR.- ¡Pobre mujer! ¡en una buhardilla! ¡qué miseria! ¡y sin recursos!

MAGDALENA.- ¿No me respondéis?

DOCTOR.- ¿Vos sois la mujer de ese titiritero que hace juegos en la plaza?

MAGDALENA.- Sí, señor. ¡Oh! pero sin embargo, doctor, puedo permitir que os ofrezca... (Le alarga las monedas.)

DOCTOR.- Guardad, guardad eso, hija mía.

MAGDALENA.- ¡Oh! es que, mirad, caballero, yo deseo que os intereséis por mi niña, que no la abandonéis. ¿Hay algún remedio que hacer? decídmelo.

DOCTOR.- Mucho me pesa decíroslo; pero lo creo inútil.

MAGDALENA.- ¡Cómo! ¡nada! ¡ah! ¿conque no hay esperanza?...

DOCTOR.- No digo eso; pero...

MAGDALENA.- ¡Gran Dios! ¡acabad!

DOCTOR.- ¿Qué edad tiene?

MAGDALENA.- Cumplirá siete años el día de san Juan.

DOCTOR.- Edad peligrosa a veces para los niños.

MAGDALENA.- ¡Oh! me hacéis temblar.

DOCTOR.- Tranquilizaos, pobre mujer: la ciencia juzga, aprecia; pero Dios es el que condena o salva.

CATALINA.- Pero en fin, doctor, ¿qué podría hacerse con esa niña?

DOCTOR.- ¿Y qué queréis que yo os responda en vuestra situación, buenas mujeres? Vuestra niña no está hecha quizás para la existencia que la suerte la impone... Sería

preciso... pero a vosotras no os es dado cambiar su vida; ha nacido en la pobreza, en la miseria...

MAGDALENA.- En ella ha nacido, y en ella morirá... ¡ah! entiendo.

DOCTOR.- No, vos exageráis el sentido de mis palabras.

CATALINA.- Pero, con todo, doctor, suponed que por esa niña, que es lo que vos decís por desgracia, se interesasen personas acomodadas, pudientes...

DOCTOR.- ¿Y a qué fin suponer eso?

CATALINA.- No importa, responded, nadie sabe...

DOCTOR.- Pues bien, aun eso quizás no sería bastante.

MAGDALENA.- ¡Cielos!

DOCTOR.- No son protectores extraños los que a esa niña le hacen falta, es el cuidado y esmero de una madre que, aparte de su cariño, se encontrase con posibles... pero no estamos en ese caso.

CATALINA.- ¡Quién sabe! porque en fin, si ella tuviese esa madre... si la señora...

DOCTOR.- ¿Qué decís?

MAGDALENA.- ¡Nada! no la escuchéis, caballero.

CATALINA.- Sí por cierto, que la tiene, la tiene, os digo! Habladnos, doctor, como si lo que yo os digo fuese verdad...

DOCTOR.- ¡Qué! vos afirmáis...

CATALINA.- Que esa niña pertenece a gente que está muy bien, a personas de la grandeza, de lo más encopetado e ilustre, que no la dejarán morir. Conque así, disponed sin temor el régimen que ha de observarse.

DOCTOR.- El régimen es muy sencillo... pero hay que darse prisa y no perder un minuto. Prevenid a los padres que aparten esa niña de la existencia fatal que está llevando, que la hagan respirar aire puro, que la proporcionen recreo y bienestar, reposo y holgura, que no la escaseen mimos y atenciones, que velen por ella noche y día, para reanimar esa tierna flor que se marchita por falta de savia y de jugos... Sí, sí, una vez que podéis, no hay que vacilar; los cuidados de cada hora de cada instante; una madre que, si es preciso, no vacile en ir a París con ella a consultar a los hombres eminentes de la ciencia, en llevarla a tomar las aguas de los Pirineos, a que se reponga en el benigno, clima de Italia... Entonces....

MAGDALENA.- ¿Entonces?

DOCTOR.- Tal vez esa niña vivirá.

MAGDALENA.- ¡Dios mío! ¿y de otro modo?

DOCTOR.- La creo perdida.(A CATALINA.) Pero vos me habéis dicho que la familia de la niña es rica.

Escena XI

DICHOS, ROLLAC, CASTEL.

ROLLAC.- Sí, señor, y esa niña será salvada.

MAGDALENA.- ¡Él!

ROLLAC.- Ya no tenéis derecho de vacilar, señora, porque no es entre la miseria y la riqueza, sino entre la salvación y la muerte de vuestra hija, entre la que debéis optar.

CATALINA.- Vamos a ver, mi buena Magdalena, sed razonable.

MAGDALENA.- ¡Ah! es horrible colocar así a una mujer, entre sus deberes de esposa y sus deberes de madre! ¡entre la vida y la muerte de su hija! ¡entre la maldición de su marido y la maldición del cielo!

CASTEL-BLANC.- Reflexionarlo bien, señora, todo lo que ha prescrito el médico, la ciencia; cuidados, bienestar, todo eso puede tenerlo con nosotros la desgraciada niña. Apresurémonos a reanimar esa existencia que va a extinguirse.

MAGDALENA.- Doctor, me juráis delante de Dios...

DOCTOR.- Juro, señora, que ho dicho la verdad, y que vos sola...(CATALINA señala al caballero el cuarto donde está la niña; Rollac entra en el cuarto y desaparece.)

MAGDALENA.- ¡Oh vos que leéis en mi alma! ¡Señor! ¡señor! iluminadme, inspiradme.

CASTEL-BLANC.- Ya no es tiempo de vacilar, señora, ved.

MAGDALENA.- ¡Cielos! ¡se llevan a mi hija!

CASTEL-BLANC.- Sí, la salvaremos a pesar vuestro...

MAGDALENA.- ¡Mi hija! ¡ah! ¡yo no la dejo! ¡no la dejo!

CASTEL-BLANC.- Entonces, venid, venid, señora.

MAGDALENA.- Catalina, ¡ah! vos le veréis; le diréis... ¡Dios poderoso! ¿qué le habéis de decir?... que no es por mucho tiempo... que me perdone... que le amo... le amo siempre...

Pero yo no puedo dejar morir ni abandonar a mi hija. (Salida general.)

Escena XII

BELFEGOR, ENRIQUE, poco después CATALINA.

BELFEGOR.- (Con un chal de lana encarnado y azul debajo del brazo.) ¡No hay nadie! mejor; ¡qué contenta se va a poner mi Magdalena!

ENRIQUE.- (Soplando en la corneta.) ¡Pues y Juanita! que le gustan tanto los molinos... aquí la traigo uno, y una cocina y una muñeca, y un bollito de leche.

BELFEGOR.- ¡Hola! ¡hola! señor Enrique, conque vos teníais fondos reservados.

ENRIQUE.- Es que yo también he pedido por mi cuenta para Juanita después que tú te has marchado...

BELFEGOR.- ¡Somos un par de locos!

ENRIQUE.- No me ha quedado... ni esto; ¡pero anda! es para la enfermita.

BELFEGOR.- ¡Aguarda! trae aquí; formemos un bazar, coloquemos por orden nuestras compras para que hagan buena vista!.. ¿Eh? qué alegría, cuando ellas vean esto... Ahora, anda a buscarlas.(Aparece CATALINA.)

ENRIQUE.- ¡Ah! Catalina; voy por mamá; ¡ya veréis!

CATALINA.- (Se marchó.)

BELFEGOR.- ¡Venid aquí! ¡venid aquí! que digan ahora que no tengo yo gusto, ¿eh? ¿verdad que es bonito? ¡azul y encarnado con verde! ¡todos los colores del arco iris! ¡Querida Magdalena mía! ¡qué guapa va a estar metidita aquí dentro! parecerá que está envuelta en un pedazo de cielo. Es, voto a sanes, lo menos que se puede hacer por ella; porque mi Magdalena, es un ángel! ¡mi ángel bueno!

CATALINA.- (¡Su alegría me hace daño!)

ENRIQUE.- ¡Padre! (Volviendo a salir.)

BELFEGOR.- ¿Qué hay?

ENRIQUE.- ¡Padre mío! la niña...

BELFEGOR.- ¿Qué?

ENRIQUE.- Juanita no está en su cama, se la han llevado.

BELFEGOR.- ¿Cómo?

ENRIQUE.- Y luego el baúl está abierto... todo en desorden... me ha dado miedo!

BELFEGOR.- ¡Quita allá! ¡qué niñada! (Vase.)

Escena XIII

CATALINA, ENRIQUE.

CATALINA.- (Entregándole un bolsillo.) Toma, hijo mío, darás esto a tu padre: le dirás que es de parte de Magdalena, que ha llorado mucho, y que me ha dicho que te dé un beso por ella... ¡Ah! yo no tengo valor para quedarme aquí. Adiós. (Vase.)

ENRIQUE.- (Queriendo romper a llorar.) ¡Dios mío! ¿pero qué es lo que pasa? ¡Ah! ¡papá! ¡papá! (Corre a él y se detiene al ver la palidez de BELFEGOR.)

Escena XIV

BELFEGOR, ENRIQUE.

BELFEGOR.- (Con un pedazo de papel.) ¿Estoy soñando? ¿o me he vuelto loco? (Lee.) «¡Guillermo! ¡adiós! ¡adiós! perdóname.»

ENRIQUE.- ¡Papá!

BELFEGOR.- ¡Se ha marchado! Se ha marchado, Enrique! ya no tienes madre, ya no tienes hermana! Magdalena nos ha abandonado, ¡Magdalena nos deja solos, solos, hijo mío, solos!

ENRIQUE.- ¡Padre mío! ¡oh! ¡no! ¡no! ¡padre mío! ¡qué! ¿no la volveré a ver más?

BELFEGOR.- ¡No llores, hijo de mi alma! Debíamos esperármolo. Se ha ido a buscar a su familia... nosotros no somos de su familia, ya lo ves; pero al menos debía dejarme la

mía! ¡debía dejarme a mi hija! ¡Ah! ¡Enrique, hijo querido! ¡abrázame, ya no tengo más que a ti en el mundo! ¡Enrique! ¡ah!! yo me ahogo. (Casi demente.) ¡Ah! óyeme, Enrique, ven, no sabes, yo... yo me muero.

ENRIQUE.- ¡Padre! ¡padre! abre los ojos, háblame. ¡Oh! ¡mamá, es horroroso! tú has matado a mi padre; ¡oh! te detesto.

BELFEGOR.- ¡Hijo mío! no maldigas. Enrique... es de noche, es la hora de rogar a Dios, hijo mío... arrodíllate y roguemos por tu madre.

ACTO TERCERO

Un kiosco o pabellón turco, rodeado de árboles y ramaje.

Escena I

El DUQUE, el VIDAMO, CLERMONT, amigos del Duque, todos en traje de caza.

DUQUE.- (A un criado.) Id a decir al vizconde, mi sobrino, que deseo hablarle, y que solo puedo detenerme algunos minutos.

CLERMONT.- El señor vizconde ha elegido una quinta deliciosa.

VIDAMO.- ¡Deliciosa! eso mismo iba yo a decir.

DUQUE.- Sí, a las puertas de Burdeos; pero, un poco distante de mi posesión de Carignan. Celebro que la caza nos haya traído por este lado. Quiero verle y averiguar si sabe emplear el tiempo...

CLERMONT.- El señor duque piensa...

DUQUE.- Pienso... que él es hasta la presente el único heredero, si no de mis riquezas, de mi título al menos, y temo que no sepa darle esplendor... Señores, la nobleza de Francia debe en el día hacer alarde de riqueza y gusto; es preciso que a fuerza de lujo, de prodigalidades, de locuras, si a mano viene, haga olvidar, oscurezca a esos pretorianos del imperio, que venían a derrochar en París los tesoros de la Europa conquistada; quiero sobre todo que el que haya de llevar el título de Montbazón, ese título que yo transmitiré puro y glorioso, sepa vivir cual corresponde, y que el orgullo de su clase sea contado entre sus virtudes.

CLERMONT.- ¡Bravo, señor Duque, eso es hablar! porque a decir verdad, esos bigardos de levita y sombrero de copa, esos contratistas y gaceteros, esos abogadillos de tres al

cuarto, esos demolidores enriquecidos con los escombros de nuestros castillos, se liguran, como hay Dios, que nosotros somos momias o aparecidos, fantasmas o muñecos casca-nueces, de esos que traen de Alemania para divertir a los niños. ¡Por Dios trino y uno! nosotros les haremos ver que vivimos y que sabemos vivir.

Escena II

DICHOS, HÉRCULES.

HÉRCULES.- ¡Querido tío!

DUQUE.- ¡Por fin os dejáis ver, señor sobrino; no ha costado poco trabajo!

HÉRCULES.- Perdonad, tío... (Balbuciente.) estaba gravemente ocupado...

DUQUE.- ¡Ocupado vos!

HÉRCULES.- Ocupado con mi profesor...

DUQUE.- ¿Profesor de qué?

CLERMONT.- De filosofía sin duda...

DUQUE.- ¿No sabéis por ventura la ciencia que os enseña vuestro profesor?

HÉRCULES.- Si tal, si tal, señor Duque... es un profesor de... de baile.

CLERMONT.- ¡De baile!

HÉRCULES.- (Creo que se va a enfadar.)

DUQUE.- Bien está: veo que pensáis en algo al menos.

HÉRCULES.- Sí, tío: como que a los ocho días de haber sido declarado mayor de edad me ocupo, ya lo veis, en dar una fiesta florentina en esta quinta, que es digna de un príncipe.

DUQUE.- Vamos a esto, vizconde. Oídmeme con atención. Vos sois hasta ahora el heredero inmediato de mi título, y ya comprendéis que este honor obliga...

CLERMONT.- ¡Y tanto!

HÉRCULES.-¿A qué, tío? ¡a no arruinaros! Perded cuidado, yo tengo mucha economía...

DUQUE.- ¿Eh?

HÉRCULES.- Soy muy económico, aquí donde me veis.

DUQUE.- ¡Cómo se entiende!... ¿quién os habla de economías?... ¿Somos aquí traficantes o agiotistas?

HÉRCULES.- Perdonad, tío...

DUQUE.- Tened entendido, señor vizconde, que los Montbazón, a quienes el rey se ha dignado devolver todos sus bienes, cuentan más de millón y medio de francos de renta, con lo cual se aviene mal esa palabra economía. Por lo tanto, si vos no encontráis manera de gastar espléndidamente trescientos mil francos por año, sois un tonto y os retiro mi afecto.

HÉRCULES.- No, no, no: yo prometo daros ese gusto, tío mío.

DUQUE.- Está dicho: mirad bien cómo os conducís. (Viendo llegar a CASTEL-BLANC.) ¡Ah! Castel-Blanc, llegad, esperaba vuestra venida. Señores, soy con vosotros al punto. Quedaos vos, vizconde. (Los caballeros saludan y se retiran.)

Escena III

HÉRCULES, el DUQUE, CASTEL-BLANC.

HÉRCULES.- (¿Qué será?)

DUQUE.- Hablad, amigo mío, ¿qué hay? (Al CONDE.)

CASTEL-BLANC.- Magdalena de Montbazón ha llegado; la he hecho conducir a vuestro castillo de Carignan.

DUQUE.- ¡Pobre joven! Ya lo oís, Hércules; se trata de Magdalena, de la hija del marqués, muerto en Alemania, de la señorita de Montbazón, mi nieta y prima vuestra.

HÉRCULES.- ¡Ah! sí, cuyo paradero se ignoraba, y la cual se ha casado con una especie de... ¡ja, ja! es cosa singular...

DUQUE.- Muy singular, si queréis; pero vos vivís tan solo por mis beneficios, señor vizconde; no tenéis bienes ni patrimonio alguno, y debéis desear que yo os siga franqueando mi bolsillo.

HÉRCULES.- ¿Pues no lo he de desear, querido tío?

DUQUE.- Entonces, si queréis que yo continúe como hasta aquí y os siga dando pruebas de bondad y tolerancia, creedme, amad, respetad a vuestra prima, y olvidad sus desgracias para no acordaros sino del apellido que lleva.

HÉRCULES.- Sí, tío.

DUQUE.- ¿Y el barón de Rollac? (Al Conde.)

CASTEL-BLANC.- He recibido noticias tuyas en Chantiliac, donde el estado alarmante de la hija de Magdalena nos ha obligado a detenernos, como ya sabéis, por tanto tiempo. El barón no había salido aún de Angulema, donde continuaba vigilando a Belfegor.

DUQUE.- ¿Pero da esperanzas de podernos librar de ese hombre, para siempre?

CASTEL-BLANC.- Hace todo lo necesario para conseguirlo: ha hecho aparecer sospechoso a ese desventurado, y ha dado aviso a los prefectos de las provincias limítrofes. Merced a este medio, nuestro hombre será expulsado de todas partes y no podrá detenerse ni trabajar en ninguna. El barón cuenta también con que la miseria le obligará al pobre diablo a admitir vuestras ofertas. Rollac, según me dice en su última carta, debe llegar hoy mismo.

DUQUE.- ¡Ah! tengo muchos deseos de verle; ya sabéis que su padre fue mi mejor amigo.

CASTEL-BLANC.- Lo sé; pero debo advertiros una cosa: me temo que la larga permanencia del barón en América le haya perjudicado: me ha parecido un hombre vulgar, de modales ordinarios.

DUQUE.- ¿De veras?

CASTEL-BLANC.- Por fortuna viene a la culta Francia, donde volverá a recobrar el aire de nobleza y elegancia que entre los puritanos de Ultramar ha perdido.

DUQUE.- Yo nunca podré olvidar que debo al barón de Rollac una gratitud eterna.

CASTEL-BLANC.- Por eso él, en premio de sus servicios, aspira como ya sabéis a la mano de Magdalena, y os la pedirá sin duda tan luego como hayamos logrado anular el casamiento.

DUQUE.- Ya veremos; he escrito al rey y aguardo su soberana resolución sobre todo esto. Hércules, tened la bondad de avisar a los señores de mi comitiva. (HÉRCULES se va por la izquierda.) El conde de Artois, (Al Conde.) hermano del rey, está en Burdeos; le veré mañana mismo y tal vez le haga una entera confianza... Entre tanto, querido conde, corred a Carignan y prevenid a mi pobre nieta que dentro de pocas horas tendré el gusto de abrazarla. ¿Está contenta de su cambio de fortuna?

CASTEL-BLANC.- No, señor: está triste, pero resignada.

DUQUE.- Ella olvidará... Adiós, adiós, conde. (Vase CASTEL por la derecha.) Vamos, señores, (A los señores que vuelven por la izquierda.) a caballo. Vizconde, venid a verme a Carignan. Hasta la vista, y no olvidéis (Trayéndole aparte.) que todo esto es un secreto de familia.

HÉRCULES.- Sí, querido tío. (¡Qué buen señor! Le prefiero a abuelita.)

DUQUE.- Partamos, señores. (Vanse por la derecha. Óyense dentro toques de caza.)

Escena IV

HÉRCULES solo.

HÉRCULES.- ¡Qué tío! ¡es un modelo de tíos! ¡Quiere que gaste con profusión! ¡No podía haber venido a mejor tiempo el consejo! He convidado a esta fiesta a todo lo más bullicioso de Burdeos: ¡nos vamos a divertir como unos locos! Vendrá todo el mundo disfrazado, hombres y mujeres, y bailaremos debajo de los árboles. ¡Una verdadera fiesta florentina! Duperrón, con toda su trinca de demonios, me ha prometido no faltar, y Beaumenil, ese tarambana, que es capaz él solo de hacer reír a un .muerto; en fin, toda la gente alegre y elegante de la buena sociedad. (Viendo entrar algunas máscaras.) Ya creo que van llegando. Voy a ponerme mi traje para venir a embromarlos. (Vase.)

Escena V

FLORA, DUPERRÓN, de arlequín, BEAUMENIL, de pruchinela, FANY, ELISA, JULIA. Convidados, vestidos de máscara.

FLORA.- (Del brazo de un máscara.) La función promete ser espléndida... el jardín está iluminado con sumo gusto.

DUPERRÓN.- Con efecto... (Malignamente.) Ya sabéis, señora, que el vizconde ha dado siempre pruebas de tenerlo.

FLORA.- ¡Ah! sois vos, Duperrón.

DUPERRÓN.- En carne y hueso, señora, para servirlos.

FLORA.- Vestido de arlequín de corte.

DUPERRÓN.- Sí, me han vaticinado que seré algún día gran diplomático. ¡Eh! llega tú aquí, Beaumenil.

BEAUMENIL.- Señoras... (Saludando cómicamente.)

TODOS.- ¡Ja, ja! ¡delicioso!

DUPERRÓN.- No hay que, reírse, amigos: el señor, a pesar de sus corbetas, es un hombre muy formal; como que ha sido nombrado ayer mismo fiscal de la audiencia de la Gironda, lo cual no quita que haya tenido un duelo esta mañana.

FLORA.- ¿De veras?

BEAUMENIL.- Le he jugado una farsa a un amigo mío, que no le ha gustado... nos hemos batido... y él ha quedado en el sitio... A eso llaman en el día dar una broma.

FLORA.- Pues mirad, no embroméis aquí a nadie de esa manera, os lo ruego.

JULIA.- ¡Oh! si no es él será otro, pierde cuidado, querida: está de moda el dar bromas pesadas.

FANY.- Es hasta tal punto, que no sabe uno en el día a quien creer. Os dicen que sois hermosa, encantadora, divina, que os adoran... pues no hay que creerlos una palabra; os están embromando.

FLORA.- Ea, no perdamos el tiempo, vamos a bailar... (Nótase gran movimiento y bullicio entre las máscaras y se oyen risotadas.)

DUPERRÓN.- ¿Qué es eso? alguna farsa sin duda.

BEAUMENIL.- (Volviendo del foro derecha.). Amigos, amigos, aguardad; ¡vais a ver un traje soberbio! ¡siento que no se me haya ocurrido a mí! ¡Oh! ¡qué facha! no le hay mas propio.

FLORA.- ¿Pero qué significa?

DUPERRÓN.- ¿Qué es ello?

BEAUMENIL.- (Riendo..) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! figuraos un máscara que les puede dar quince y falta a todos los demás... Viene vestido de payaso... de verdadero payaso, con su chicuelo y todo... dicen que se ha presentado a la puerta principal pidiendo limosna.

TODOS.- Vamos a ver; vamos a ver.

BEAUMENIL.- Miradle, aquí viene..

HÉRCULES.- ¡Entra, máscara, entra! (Vestido de turco hablando a los de dentro.) ¡Vaya un traje! Sin vanidad, estoy mas guapo que tú. (BELFEGOR y ENRIQUE aparecen.)

FLORA.- No le conozco.

ELISA.- Ni yo.

DUPERRÓN.- Ni yo. ¡Oh! ¡me ocurre una idea!... ¿si será algún bromista de los de ahora?.. Estaremos sobre aviso.

Escena VI

DICHOS, BELFEGOR, ENRIQUE trae una especie de hopa sobre el traje de volatinero. HÉRCULES.

BELFEGOR.- Perdonad, señores, creo que llegamos en mala ocasión... esto parece una fiesta...

BEAUMENIL.- (Riendo.) ¡Oh! ¡está perfecto! ¡perfecto! ¿Apostáis a que éste nos quiere jugar alguna farsa? ¡Apuesto a que es una farsa!

HÉRCULES.- Una farsa de muy mal gusto... ¡Cuidado, si los trajes son feos y viejos! ¡Puf! ¡Vaya una pareja horrible!

FLORA.- No tal... Mirad el niño qué guapito es.

DUPERRÓN.- Es el compadre.

BEAUMENIL.- Acércate aquí, compadrito.

BELFEGOR.- ¡Os reís! vamos, lo celebro... Yo pasaba por aquí... y me he tomado el atrevimiento... Pero supuesto que os reís, es buena señal... ¿No nos echaréis como nos han echado de otras partes, no es verdad?

BEAUMENIL.- Es que no se puede embromar mejor; me encanta este hombre. ¡Oh! debe de ser muy corrido; algún calavera de París, por fuerza.

HÉRCULES.- ¿De dónde diablos has sacado ese traje, payaso? ¡no es muy airoso que digamos!

BELFEGOR.- Es cierto; hace tantos días que no me le quito.... El trajín, el polvo de los caminos... pero llevo a Jacobillo lo más limpio que puedo. Vamos, Jacobillo, saluda a estas señoras.

FLORA.- Ven que te dé un beso, hijo mío.

HÉRCULES.- El chico está como asustado. (Riendo.)

DUPERRÓN.- (A FLORA.) Lo que nosotros debemos hacer, es seguirle la broma; vamos a desternillarnos de risa. (A BELFEGOR.) Conque di, ¿de dónde vienes, payaso?

BELFEGOR.- ¿De dónde vengo?

BEAUMENIL.- ¡Sí, eso es! cuéntanos tus viajes.

BELFEGOR.- ¡Oh! ¡vengo de muy lejos! Hemos salido de Angulema los tres, el niño, mi pobre Babiéca y yo. Hemos caminado lo más aprisa que hemos podido; me habían dicho: - «¡en Burdeos! allí está ella...» y me he venido en derechura a Burdeos. Babiéca, así se llamaba mi caballo, apretaba el paso cuanto podía, el pobre animal; pero al segundo día de marcharme apercibí que llevaba mas carga de la que podía; eché pie a tierra y me puse a decirle así, cosas, que solo él y yo entendíamos, y seguí el camino llevándole de las riendas y conversando con él... Pero a la tardecita, cuando íbamos a recogernos, el alcalde nos buscó una tranquilla; nos dijo que si éramos esto, que si éramos lo otro, que no podíamos quedarnos en el pueblo y nos echó. Seguimos caminando toda aquella noche; Jacobillo se quedó dormido sobre el caballo, y el caballo y yo íbamos cabizbajos y llorando, cuando al rayar el día, mi pobre Babiéca, que no podía ya andar mas que al paso, se paró de repente. Quedóseme mirando como el que dice: ¡Ya ves, que no puedo mas!. Pero el niño tenía frío y yo le obligué a seguir. Entonces dio un gemido, hizo un estremecimiento y dejó caer su pobre cabeza sobre mi hombro; yo le miré y adiviné que se moría y se me murió en efecto mi caballo querido! (Todos sueltan a reír.) Murió, sí... De sus resultas el niño y yo hemos continuado nuestro viaje a pie, y está muy cansado el pobrecillo.

ENRIQUE.- (Bajo.) ¡Oh! ¡padre! ¡padre! Tengo hambre....

FLORA.- Pero señores, y si esto fuera verdad, si ese hombre...

BEAUMENIL.- ¿Estáis en vos?... creer en una farsa semejante... ¡va a ser la fábula de Burdeos!... Dejadme a mí... Oye payaso, ¿quieres que te diga mi opinión? Pues tienes muy poco chiste.

HÉRCULES.- Verdad es, yo no le encuentro gracia.

ELISA.- A mi casi se me han saltado las lágrimas.

DUPERRÓN.- Como que nos está ahí contando cosas fúnebres.

BELFEGOR.- Perdonad, señores, me había olvidado... yo no deseo más que divertirlos; porque ya no me dejan trabajar en las plazas públicas; y me veo en la precisión de entrar así en las casas grandes que encuentro al paso en el camino.

BEAUMENIL.- Pues bien, vamos a ver, haznos reír ahora payaso.

FANY.- ¡Oh! sí, mejor es eso.

BELFEGOR.- (¡Reír! ¡reír! y ese miserable de Bello-Amor se me ha escapado robándome mis útiles, mis cubiletes... ¡todo! Vamos, Enrique, es preciso que tú le sustituyas, hijo mío.)

ENRIQUE.- Padre.

BELFEGOR.- (¡Ánimo! es una ocasión que se nos presenta de ganar un pedazo de pan, y algún dinero para llegar a Burdeos... ¡dos leguas no más! ¡Vamos, ánimo! ¡ánimo, hijo del alma!)

HÉRCULES.- ¿Conque se empieza? ¡Y haznos reír sobre todo!

BELFEGOR.- (¡Reír! llevando la muerte en el alma.) (Con voz de titiritero.) ¡Ea! ¡señores! ¡ea! ¡je! ¡je! ¡je! señor Jacobillo, se trata de dar comienzo a la magnífica función, para divertir a esta noble reunión. ¡Atención!

ENRIQUE.- Sí, maestro.

BELFEGOR.- (Id.) ¡Vamos corriendo, vamos! ¡chiquillos y grandes, viejos y niños, bonitos y feos! acudid todos, venid, venid corriendo aunque os rompáis la crisma; apiñaos ahí y cuidado con los bolsillos... ¡Atención! aquí el que mas mira menos ve... ¿Quién de estos señores tiene la bondad de darme un sombrero?

TODOS.- ¡Yo! ¡yo! ¡yo!

BELFEGOR.- Con uno basta, señores... pero que no pertenezca a algún calvo, no sea que se resfríe... Ahora necesito que una de estas amables señoras me dé una rosa... Vamos, señoras, una rosita.

FANY.- ¡Vaya! ¡ahí va la mía! (Risas.)

BELFEGOR.- Gracias; ya lo estáis viendo, señores... una rosa sin espinas... es el emblema de esta señorita.

HÉRCULES.- ¡Ah! entiendo; ¡sin espinas! ¡Qué pillo! vamos, esto ya es mas divertido.

BELFEGOR.- ¡Ahora, atención! vais a presenciar el juego favorito del inimitable Belfegor; vais a ver el milagro de las rosas...

ENRIQUE.- (Imitando la música.) ¡Chim! ¡chim! ¡bum! ¡bum! (¡Padre! ¡padre! no puedo más.)

BELFEGOR.- (¡Ánimo! ¡hijo mío! ánimo.) Pero mientras yo preparo la suerte, el señor Jacobillo nos va a contar su historia...

DUPERRÓN.- Sí, sí, cuéntanos Jacobillo, ¿quiénes fueron tus padres?

BELFEGOR.- ¿Qué os importa eso a vos? (Bruscamente.)

ENRIQUE.- (Con dolor.) ¡Mis padres! ¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía!

BELFEGOR.- (Enrique, no pienses en ella... Enrique... yo... yo... tu madre...) (le falta la voz.)

FLORA.- ¡Qué veo! ¡Son lágrimas verdaderas! están llorando los dos.

BELFEGOR.- ¡Lágrimas! ¡no tal! ¡no tal! (ENRIQUE vacila, y cae en brazos de su padre, desfallecido.) ¡Ah!

FLORA.- ¡Dios mío! ¿Pero qué tiene ese niño?

BELFEGOR.- (Bajo. Terrible de dolor.) Este niño... ¡Tiene hambre, señora!

FLORA.- ¡Cielos! ¡conque era verdad!... ¡Infelices! Señores.... ¡No, no!... Aguardad, si os toman por un pobre, no os darán más que una limosna cualquiera; creen que sois un loco, un aturdido como nosotros. Vais a ver. (Alto.) Vamos, señores, para que el payaso trabaje con ahínco, es preciso que os mostréis generosos; yo me encargo de recoger las dádivas.

BEAUMENIL.- ¡Bravo! no falta ningún detalle... hasta el platillo.

DUPERRÓN.- Lo veis como es una broma... nos va a sacar el dinero, y luego...

HÉRCULES.- (A BELFEGOR) Querido bar... cond... marqués, en fin, querido mío, sois muy pillo.

DUPERRÓN.- Flora, ahí va mi bolsillo.

BEAUMENIL.- Aceptad estos pocos luises...

BELFEGOR.- ¡Oro! ¡Oh! ¡Dios mío!

FLORA.- (En definitiva yo soy la que los embromo... Sigamos la moda.) (A HÉRCULES.) Vamos, ¿y vos?

HÉRCULES.- (Dándole una pieza.) No doy más; ese hombre es muy pillo.

FLORA.- No, no, dadlo todo.

HÉRCULES.- Si vos os empeñáis, ahí va; pero a mí no me la pega. (A los otros.) La verdad es que lo hace muy bien; pero si yo me pusiese... habíais de ver...

CRIADO.- Señor Vizconde, ahí está un desconocido que desea hablaros con urgencia.

HÉRCULES.- ¡Pues bien! ¡qué pase! hoy se recibe a todo el mundo.

CRIADO.- Aquí viene.

BELFEGOR.- (Que habrá subido un poco hacia el foro.) ¡Qué veo! ¡Rollac! ¡él! ¡el barón!

FLORA.- ¿Qué es eso? ¿qué tenéis?

BELFEGOR.- ¡Oh! ¡señora! ¡ese hombre! por verle, por hablarle sin ser conocido de él... daría mi vida.

FLORA.- Es posible...

BELFEGOR.- ¡Oh! señora... si fueseis tan buena que me proporcionaseis...

FLORA.- ¿Una careta? ¿un dominó? nada más fácil. En cuanto al pobre niño, yo me encargo de él, no lo hará falta nada.

BELFEGOR.- ¡Oh! ¡gracias, señora, gracias! (Toma la careta que le ofrece FLORA y desaparece algunos instantes. FLORA se lleva a ENRIQUE.)

Escena VII

HÉRCULES, ROLLAC, BEAUMENIL, DUPERRÓN. Convidados.

HÉRCULES.- (Bajando acompañado de ROLLAC.) Mi tío ha venido aquí en efecto esta tarde; pero sólo se ha detenido algunos instantes; y no me es posible deciros si se ha vuelto a su palacio de Burdeos o a su posesión de Carignan.

BEAUMENIL.- ¿Es por el señor duque de Montbazón por quien preguntáis, caballero?

ROLLAC.- Sí, señor; siento haber venido a turbar vuestras diversiones, y os ruego que me dispenséis si me he presentado así en traje de camino.

BEAUMENIL.- Aguardad; creo que el duque ha de haber ido a Carignan... He encontrado a sus monteros que se dirigen hacia allí, cuando yo venía de ver al prefecto, cuya casa de campo...

ROLLAC.- Muchas gracias, señores.

DUPERRÓN.- ¿De ver al prefecto? (A BEAUMENIL.)

BEAUMENIL.- Sí, para ese asunto relativo a Lavarenes.

ROLLAC.- (Lavarenes.) (Volviendo.) Perdonad, señores, estáis hablando, creo, de un tal Lavarenes.

BEAUMENIL.- Sí; acaban, por casualidad, de recibirse noticias del paradero de ese miserable.

ROLLAC.- ¡De veras! ¡ah! lo celebro infinito. Y decís que...

BEAUMENIL.- No me han dado aún pormenores; sé únicamente que está en Francia, y que se da a conocer, según creo, bajo el título de barón de Rollac... (Volviendo a DUPERRÓN.)

ROLLAC.- ¡Ah! (Soy perdido.)

BEAUMENIL.- ¿Pero qué veo? El payaso se ha eclipsado... Vamos a darle alcance. (Todos suben hacia el foro, excepto ROLLAC.)

ROLLAC.- ¡Descubierto! cuando me creía ya seguro, cuando acababa de hallar a la heredera de los duques de Montbazón, y me lisonjeaba con la esperanza de entrar en su familia, y ampararme con su ilustre nombre!... Vamos, no pensemos ya más que en librarnos de las garras de la justicia. (Va a marcharse; BELFEGOR enmascarado le cierra el paso.)

Escena VIII

DICHOS, FLORA, ROLLAC, BELFEGOR.

BELFEGOR.- ¡Una palabra! (Agarrándole del brazo.)

ROLLAC.- ¿Eh? (Estremeciéndose.)

FLORA.- Perdonad, caballero, es un máscara que dice que os conoce.

ROLLAC.- ¿De veras? Bien. ¿Y qué tienes que decirme, máscara?

BELFEGOR.- Quiero hablarte sin testigos.

ROLLAC.- (¡Sin testigos! Prefiero eso.) (Alto.) ¡Diablo! ¡diablo! tienes el puño sólido. ¡Eh! que me hacéis daño, señor mío.

BELFEGOR.- Mas daño me habéis hecho vos a mí.

ROLLAC.- Que me destrozáis la muñeca.

BELFEGOR.- Vos me habéis destrozado el alma.

ROLLAC.- ¡Yo!

BELFEGOR.- Señora, este caballero y yo tenemos que hablar sin testigos.

HÉRCULES.- ¡Bueno! le va a dar una broma. (A FLORA.)

FLORA.- Callad vos, Hércules.

HÉRCULES.- Sí, querida.

FLORA.- Vamos, señores, allí debajo de los árboles están bailando y falta gente; caballeros, sobre todo.

HÉRCULES.- (A BEAUMENIL.) No nos alejemos mucho, que quiero ver la broma.

FLORA.- (¿Qué significará esto?)

Escena IX

ROLLAC, BELFEGOR.

ROLLAC.- Vamos, ¿me diréis al fin quién sois?

BELFEGOR.- ¡El payaso! (Descubriéndose.)

ROLLAC.- ¡Cielos!

BELFEGOR.- ¿Dónde está ella?

ROLLAC.- ¿Quién?

BELFEGOR.- ¡Oh, nada de mentiras! Catalina me ha dicho todo lo que sabía; vos sois el que os habéis presentado cuando yo no estaba, tomándome las vueltas como un cobarde; vos la habéis hecho traer a Burdeos, a Burdeos, ¿no es verdad? Ea, hablad, hablad, ¡vive Dios!

ROLLAC.- Escucha, Belfegor, los momentos son preciosos... expliquémonos pronto y de una vez para siempre... Tú quieres meter ruido, dar escándalo, y todo ese ruido será en tu daño, te lo prevengo.

BELFEGOR.- Yo no os pregunto eso, os pregunto dónde está.

ROLLAC.- En tu viaje has podido convencerte de mi poder... te han echado de todas partes; dentro de poco serás perseguido, acosado.

BELFEGOR.- ¿Pero dónde está ella?

ROLLAC.- Reflexiónalo bien, Belfegor: una palabra, un indicio basta para hacerse sospechoso en el día. Una delación, por poco autorizada que sea, es suficiente para que metan a cualquiera en un calabozo y le hagan comparecer ante el consejo prebostal, que juzga y fusila a un hombre entre dos puestas de sol. Y si yo quiero puedo perderte.

BELFEGOR.- ¿Me dices dónde está?

ROLLAC.- ¿Dónde está? ¡Tu mujer!... (¡Qué idea!) Pero si todo lo que he dicho no era más que una fábula, invención, pura novela: te he engañado y a ella también. Me gustaba, quise ver si me hacia caso, alucinarla, decidirla a una calaverada y robártela en fin.

BELFEGOR.- ¡Ah, miserable, mientes! (Se arroja a él y le pone a sus pies.)

ROLLAC.- ¡Socorro! ¡favor! ¡amparadme!

Escena X.

DICHOS, TODO EL MUNDO.

HÉRCULES.- ¡Calla, le está abogando! ¡Vaya una broma!

BELFEGOR.- (Apoderándose de su bastón y blandiéndole sin soltar a ROLLAC.) ¡Al primero que se acerque le dejo muerto a mis pies! (Todo el mundo retrocede asustado.) ¡Has mentido como un bellaco! ¡Confiesa que has mentido!

ROLLAC.- ¡Sí, sí!

BELFEGOR.- ¿Dónde está ella?

ROLLAC.- En casa del duque de Montbazón.

BELFEGOR.- ¡La prueba!... ¡la prueba!

ROLLAC.- Aquí la tengo... (Sacando del bolsillo una cartera.) mis cartas, mi correspondencia.

BELFEGOR.- (Arrancándole la cartera. Le suelta y se separa.)

ROLLAC.- (¡Ah! tomas mi cartera... mis cartas. ¡Ellas te perderán!)

BELFEGOR.- (A FLORA.) Señora, vos tendréis compasión del niño que os dejo: éramos dos, me quedo solo.

ROLLAC.- (Me he salvado.)

BELFEGOR.- Y ahora, señores, ¡plaza! ¡Dieron fin mis ejercicios! ¡echad el telón y abrid paso al payaso!... (Lánzase por entre la gente y desaparece.)

ACTO CUARTO

En casa del duque de Montbazón. Sala ricamente adornada.

Escena I

El gran bailío de CLERMONT, a poco CASTEL-BLANC.

CLERMONT.- (A un criado.) ¡Está bien! aguardaré señor duque, y tendré el honor de ofrecerle mis respetos. (Váse el criado.) Goza de valimiento, y quiero aprovechar la ocasión para que recomiende mi instancia, porque hace tres meses que ando en pretensiones. (Viendo a CASTEL.) ¡Ah! ¡el conde de Castel-Blanc; valiente intrigante! (Yendo a él.) ¡Hola! querido conde.

CASTEL-BLANC.- ¡Señor gran bailío!

CLERMONT.- Aquí me tenéis que vengo a hacer la corte a vuestro ilustre primo. No porque yo sea ambicioso, ¡Dios me libre! yo nada soy, nada quiero y nada pido.

CASTEL-BLANC.- (¡Hipócrita!)

CLERMONT.- ¿Y vos?

CASTEL-BLANC.- ¡Yo tampoco! aguardo únicamente.

Escena II

DICHOS, el DUQUE, el VIDAMO, el COMENDADOR. El duque y los otros habrán salido por el foro a las últimas palabras. El Duque trae unos pliegos en la mano.

DUCHE.- ¡Qué desinterés! Así me gusta, señores. Aquí traigo sin embargo dos pliegos que me parecen de oficio y que os conciernen.

CASTEL-BLANC.- (Precipitándose a cogerlos.) ¡Mi nombramiento!

CLERMONT.- (Id.) ¡Mi nombramiento! permitid.

CASTEL-BLANC.- (Leen ambos.) ¡Eh! ¡qué posma!

DUQUE.- (Al VIDAMO y al COMENDADOR.) Señores, el rey se ha dignado darme el pláceme por la dicha que he tenido de hallar a mi nieta. (Siéntase a su bufete en la izquierda.)

COMENDADOR.- ¡Ah! os felicito por ello.

VIDAMO.- Y yo igualmente, señor DUQUE.

CASTEL-BLANC.- (Confuso.) ¿Qué es lo que he leído? ¡Sustituto del procurador del rey!

CLERMONT.- (Con alborozos.) Comisario extraordinario del departamento de la Gironda! (Paseándose con importancia.) Soy comisario extraordinario. Dadme la enhorabuena, señores.

CASTEL-BLANC.- ¡Comisario general, él! ¡mientras que yo! ¡Es imposible! ¡el rey se ha equivocado!

CLERMONT.- El rey no se equivoca nunca, y su majestad os hubiese hecho ministro y a mí simple sustituto, me oiríais decir del mismo modo: el rey es infalible.

CASTEL-BLANC.- (Que ha mirado el sobrescrito del pliego que tiene en la mano.) Pero aguardad, aguardad, un momento, este pliego no es para mí.

CLERMONT.- ¡Eh! poco me importa.

CASTEL-BLANC.- ¿Es en efecto ese para vos?

CLERMONT.- ¡Qué sí es para mí! (Leyendo.) Al conde de Castel... conde de Cas...

CASTEL-BLANC.- De Castel-Blanc, está claro. Vos tenéis mi pliego y este es el vuestro.

CLERMONT.- ¡Pero cómo puede ser!

CASTEL-BLANC.- Os echasteis sobre él con tanta precipitación...

CLERMONT.- Es decir que no voy a ser mas que un simple sustituto.

CASTEL-BLANC.- (Con rechifla.) Pero no un sustituto simple.

DUQUE.- ¡El pobre Clermont!

VIDAMO.- ¡Qué batacazo!

CLERMONT.- ¡Es falso! ¡es absurdo! ¡es imposible! el rey ha sido sorprendido.

CASTEL-BLANC.- Señor de Clermont, el rey no se equivoca nunca, y si vos fueseis nombrado ministro y yo simple sustituto, nuestro deber sería decir siempre: el rey es infalible.

CLERMONT.- Sí, veníos ahora con...(¡Insolente!)

CASTEL-BLANC.- (Reparando en un papel que viene dentro del mismo pliego.) Aquí me envían sin duda instrucciones. (¡Cielos! Lavarenes bajo el nombre de Rollac.)

DUQUE.- ¿Qué es eso?

CASTEL-BLANC.- Nada; tengo que entrar inmediatamente en ejercicio; mi deber me impone ir en el acto a la prefectura. Con vuestro permiso, primo, me retiro.

DUQUE.- Id con Dios, querido conde.

CASTEL-BLANC.- (A CLERMONT.) Señor sustituto, me veo en la sensible precisión de echar mano de vos, seguidme.

CLERMONT.- ¡Eh! ¿cómo decís?

CASTEL-BLANC.- (Insistiendo con suma política.) Que tengáis la bondad de seguirme.

CLERMONT.- Bien está, señor mío, bien está. Señor Duque... (Saludando al DUQUE.) (¡Y para esto se hacen las restauraciones!) Pasad delante, señor comisario extraordinario de la Gironda! (Vanse por el foro.)

Escena III

El DUQUE, el VIDAMO, el COMENDADOR.

DUQUE.- Sí, señores, el ministro me ha escrito que su majestad se halla muy bien dispuesto a favor de mi nieta, a la cual se devolverán los bienes de su padre.

COMENDADOR.- El señor duque habrá creído deber ocultar a su majestad, en el interés de nuestra familia, la deplorable situación en que ha sido hallada la hija del marqués de Montbazón.

VIDAMO.- ¡Oh! bien deplorable en efecto.

COMENDADOR.- Y nadie sabrá por lo tanto...

DUQUE.- Nadie excepto vos, el conde Castel y el barón Rollac, a quien por mi parte no conozco más que por sus cartas. Ha puesto una especie de empeño en no presentarse hasta que nos haya librado de ese hombre obligándole a embarcarse para América.

COMENDADOR.- ¡Oh! ha demostrado en este asunto un celo... una delicadeza...

CRIADO.- (Anunciando.) El señor barón de Rollac.

DUQUE.- ¡Ah! él es; decid que pase. Es señal de que el otro se ha embarcado.

Escena IV

DICHOS, BELFEGOR en traje de corte, peluca empolvada, calzón blanco, espadín atravesado, traje un tanto ridículo.

BELFEGOR.- ¡Voto al chápuro! el cielo os guarde, señores.

DUQUE.- Por fin, sois vos, señor barón.

BELFEGOR.- ¡Sí, vive Cristo! yo soy. Señor mío, aunque nunca nos hayamos visto apuesto... a que vos sois el Duque de Montbazón.

DUQUE.- En efecto.

BELFEGOR.- Nosotros no nos hemos visto nunca. (Lo sé por las cartas del barón.)

VIDAMO.- ¡Buen porte!

COMENDADOR.- A la legua se vé que es persona de clase.

BELFEGOR.- (¡Me examinan! Con tal que yo vea a Magdalena antes de ser conocido...)
(Sube hacia el foro con desasosiego.)

DUQUE.- ¡Señor de Rollac!... ¡señor barón!

BELFEGOR.- ¿Eh? ¡Ah! perdonad... andaba mirando si veía a cierta persona; ya sabéis... a ella... a la joven.

DUQUE.- ¡Sí, a mi nieta!

BELFEGOR.- ¡Justo!

DUQUE.- Mas tarde. Permitidme que os presente ahora a dos de los principales individuos de la familia. Este caballero es el señor comendador de Pufieres.

BELFEGOR.- ¡Ay, qué bueno! ¡Hola, hola, hola!... ¿conque el señor comendador de Pufieres?;Cuerpo de tal!

COMENDADOR.- ¡Cómo!

DUQUE.- Sois hombre alegre, barón.

BELFEGOR.- Sí, sí, soy muy alegre; siento un regocijo loco aquí.... ¡Oh! nos vamos a divertir mucho, ya veréis...

DUQUE.- El señor Vidamo de Arpiñol, pariente por la rama de Turena.

BELFEGOR.- Señor de la rama de Turena. (Saludando.)

VIDAMO.- ¡Venga esa mano, barón!

BELFEGOR.- ¡Cómo qué! (¡Ojalá les caiga en gracia!)

COMENDADOR.- Puede decirse que ya sois de los nuestros.

BELFEGOR.- Completamente. (Vamos, parece que agarra) Pues, señor, ahora que me habéis presentado al señor de Tufieres y al señor Carpiñol.

VIDAMO.- De Arpiñol.

BELFEGOR.- Eso he querido decir. (Al DUQUE.) ¿No vamos un rato a ver a mi... a la... a vuestra amable nieta?

DUQUE.- ¡Qué prisa!

BELFEGOR.- ¡Oh! yo soy así!...Vamos a verla, ¿eh? un momento, ahora mismo.

DUQUE.- ¿Ahora mismo? Ya sabéis que eso es imposible...

BELFEGOR.- ¡Imposible!... no es posible.

DUQUE.- Sí, porque está allá.

BELFEGOR.- ¡Allá!... ¿dónde es allá?

DUQUE.- ¿No habéis sido vos mismo el que ha aconsejado a Castel que la llevase?...

BELFEGOR.- ¡Ah! he sido yo el que...

DUQUE.- ¡Y habéis tenido en ello una idea excelente!

BELFEGOR.- ¡Sí, no ha sido mala la idea!... ¿Pero yo la veré a pesar de eso?

DUQUE.- Sí por cierto, sí por cierto.

VIDAMO.- Creo, barón, sin que os ofenda, que más habéis venido por ella que por nosotros.

BELFEGOR.- Algo que sí, Grapiñol... Tenéis mucho talento vos... ¡eh, eh, eh!

VIDAMO.- De Arpiñol.

BELFEGOR.- Sí, eso mismo.

DUQUE.- Decididamente vos estáis enamorado de mi nieta... y cuanto más os miro...

BELFEGOR.- (Ea, vuelta a examinarme.. ¡Dios me asista!)

DUQUE.- Me habéis de dispensar... pero con los proyectos que vos tenéis...

BELFEGOR.- (¡Mis proyectos!... ¿qué diablos de proyectos tendría el tal Rollac?)

DUQUE.- (Algo irónico.) Vamos, veo con placer que vuestros viajes por el Nuevo Mundo no os han acabado mucho.

BELFEGOR.- Qué me han de haber acabado... si soy un noble.

VIDAMO.- ¡El cuerpo derecho!

BELFEGOR.- ¡La cabeza erguida!

VIDAMO.- ¡La pierna sólida!

BELFEGOR.- (Dándose en la pierna.) ¡Oh! en cuanto a la pierna... esto es acero, y además una muñeca de hierro. (Olvidándose.) Sostengo doce arrobas con el brazo

extendido, y levanto con los dientes al más pesado de la reunión. (Reparando en lo que ha dicho.) ¡Oh! Son... pasatiempos de viajero. (Haciendo por reírse.)

DUQUE.- Pero decidnos, ¿y él? No nos habéis dicho nada de él.

BELFEGOR.- ¡Él! ¿y quién es él?

DUQUE.- Ese hombre... ese titiritero... ¿Nos veremos libres por fin de su persona?

BELFEGOR.- ¡Che! ¡che!

DUQUE.- ¿Cómo? teméis....

BELFEGOR.- Yo no temo nada, absolutamente temo nada de él. Mientras yo esté aquí, os prometo que no se presentará a vuestra puerta.

DUQUE.- ¡Muy bien!

BELFEGOR.- Pero ese Belfegor...

VIDAMO.- ¡Belfegor! se llama... (Riendo.)

BELFEGOR.- (Id) Se llama Belfegor: es un nombre muy raro, ¿no es verdad? ¡Je, je!

VIDAMO.- ¡Vaya si es raro! rarísimo.

BELFEGOR.- Decía, pues, que en cuanto a ese Belfegor, no se puede decir que estamos enteramente libres de él: ya sabéis que esas gentes, esos payasos, son tan listos, tan ágiles, que siempre caen de pie como los gatos.

DUQUE.- ¡Oh! pero nosotros sabremos tomarle las vueltas. (Sube hacia el foro.)

BELFEGOR.- ¡Vaya si sabremos! Como que somos mas ladinos que él... ¿Pues no tenía el muy pícaro el pensamiento de meterse aquí con traje y nombre postizos para saber de su mujer? Sí, señores, sí, pensaba jugárosla de puño. Se figuraba que no hay más que endosarse una casaca bordada, contonearse de cierto modo, darse los aires y el tono del señor... (Dirigiéndose al COMENDADOR, que está a la izquierda.) tomar, como vos, (Yendo al VIDAMO, que esta a la derecha.) un polvo con desenfado y soltura, (Toma un polvo en la caja del VIDAMO.) sorberlo con elegancia, sacudirse después con mimo la chorrera de encaje, girar graciosamente sobre los talones y echarse así el sombrero debajo del brazo... Se figuraba que él podría hacer todo eso, y que vosotros no le conoceríais, el vil histrión. (Dándole una palmada al Vidamo.) ¿No es verdad que es cosa de morirse de risa?

VIDAMO.- De morirse de risa, decís bien.

DUQUE.- (Sentado a su bufete y con una sonrisa desdeñosa.) Veo que vuestra permanencia en América os ha hecho algo excéntrico.

BELFEGOR.- ¡A mí! sí, eso, sí... (Buscando.) Excen.... sí.... excéntrico.

COMENDADOR.- Pero ahora que me acuerdo, vos, barón, estuvisteis en Biberach...

BELFEGOR.- ¡En Biberach! ¡yo!... Biberach! ¡quitad allá!

DUQUE.- ¡Cómo! ¿pues no fuisteis presentado a su majestad la tarde misma de la batalla?

BELFEGOR.- ¡Ah! sí... sí...

COMENDADOR.- Contadnos cómo pasó.

BELFEGOR.- (Quieren que yo les cuente la batalla.) (Al DUQUE.) ¿Tenéis vos mucho empeño en que os refiera todos los por menores?

DUQUE.- No... despertarían en mí muy tristes recuerdos. (Se pone a escribir.)

BELFEGOR.- ¡Ah! puesto que son los señores no más... (Yendo al COMENDADOR y al VIDAMO, a cada uno de los cuales coge del brazo.) ¿Estuvisteis, por ventura, alguno de los dos en esa famosa batalla de?....

VIDAMO.- Biberach.

BELFEGOR.- Sí, eso iba a decir.

COMENDADOR.- No, no estuvimos ni el uno...

VIDAMO.- Ni el otro.

BELFEGOR.- (Entonces, vamos adelante.) Pues señor, aquella si que fue una gran batalla, en que las balas caían como granizo y los soldados como chinches. Nosotros éramos unos sesenta mil hombres... Nos pusieron en batalla... en dos filas, formando un arco... quiero decir, formando dos arcos... e hicieron avanzar sesenta mil bocas de fuego.

COMENDADOR.- ¿Cómo habéis dicho?

BELFEGOR.- ¿Que cómo he dicho?

VIDAMO.- Ha dicho sesenta mil bocas de fuego.

BELFEGOR.- ¿Y qué?

COMENDADOR.- ¡Para sesenta mil hombres!

BELFEGOR.- Bien, tantas bocas como hombres: nada mas natural.

VIDAMO.- ¡Toma! pues es verdad.

BELFEGOR.- Se traba el combate... nosotros avanzamos sobre el enemigo, el enemigo avanza sobre nosotros; nosotros nos replegamos, él se repliega; la caballería se lanza sobre la infantería, la infantería se lanza sobre la artillería; las sesenta mil bocas rompen el fuego, nos vemos todos rodeados de humo, nos quedamos a ciegas y aquí tenéis cómo alcanzamos la victoria.

COMENDADOR.- ¡La victoria! Pero yo creía que había sido una derrota.

BELFEGOR.- ¿Sí? Pues bien, ahí tenéis cómo alcanzamos la derrota... Pero vamos a ver a esa joven.

DUQUE.- Al instante. (Levantándose. Llama.)

BELFEGOR.- ¡Por fin!

DUQUE.- (A un criado que sale.) Acompañad al señor de Rollac a su habitación y decid en seguida que enganchen. Hasta, dentro de un instante, señor barón.

BELFEGOR.- Señor Duque... (Saludando.) (Vamos, he conseguido que no me planten en la calle: eso he ganado; Dios hará lo demás. (Vase por el foro derecha.)

Escena V

El DUQUE, el VIDAMO, el COMENDADOR, la VERMANDOIS. A poco MAGDALENA.

DUQUE.- No se engañaba el conde Castel al decirnos que el barón era algo chavacano. Este buen señor de Rollac ha traído de América unos modales increíbles, ¡y sobre todo un tono!

COMENDADOR.- (Con desdén.) No se concibe que se vicien así en los viajes, y que traigan ideas...

VIDAMO.- Es verdad; yo he viajado mucho y nunca he traído ideas.

CRIADO.- (Anunciando.) La señorita de Vermandois.

DUQUE.- ¡Mi hermana! ¿Cómo es que?... Y Magdalena, ¿por qué os habéis separado de ella? Espero que no correrá ningún riesgo.

VERMANDOIS.- Tranquilizaos, querido hermano, está aquí.

DUQUE.- ¿Aquí?

VERMANDOIS.- Desde ayer que la visteis en Carignan su agitación ha ido en aumento... En fin, ha querido venir a todo trance para hablar con vos... Ruegos, súplicas, mandatos, todo ha sido en vano... Quiero ver al duque, me replicaba... y eso con un tono, con un aire, con unos modales... (Con desdén.) ¡Ay! señores, Dios os libre de estos parentescos de mal agüero, que a veces se encuentra uno, sin querer, en un aduar de gitanos.

DUQUE.- Hermana, ¿olvidáis que esa desgraciada es la hija de mi hijo?

VERMANDOIS.- Miradla, aquí viene: acercaos, acercaos, sobrina, y llevad la cabeza erguida, ya que Dios ha querido que tengáis sangre de los Montbazón.

MAGDALENA.- (Al DUQUE.) Perdonadme, me siento tan turbada, tan trémula

DUQUE.- Serenaos, hija mía, aquí solo hay un padre muy feliz en poder estrecharos en sus brazos, una familia agradecida a Dios, que os ha devuelto a su cariño... No tembléis, hija mía nosotros lo hemos olvidado todo, y os amamos.

MAG.- Vos me amáis... (Conmovida.) ¡oh! gracias, señor duque, gracias... (Queriendo besarle la mano)

DUQUE.- Miradla, señores, son las mismas facciones de su desgraciado padre, las facciones de mi querido hijo, muerto lejos de mí: después de veinte años de destierro he recobrado todos mis feudos, todos mis títulos, todas mis riquezas... pero no me habéis devuelto, Señor, mi bien máspreciado... ese, mi corazón le llorará eternamente.

VERMANDOIS.- ¡Jesús, hermano! os echáis a llorar ni más ni menos que un plebeyo.

DUQUE.- Callad, hermana: los plebeyos no tienen el corazón fabricado de otro modo que el nuestro.

VERMANDOIS.- ¡Oh! señor duque, en cuanto a eso...

DUQUE.- Y además, estamos aquí, entre gente bien nacida.

MAGDALENA.- Vos comprendéis, señor duque, por lo que veo, que yo pueda hechar de menos y llorar por la persona de quien me han separado.

VERMANDOIS.- Vos le habéis dejado voluntariamente, sobrina.

MAGDALENA.- Lo he dejado por salvar a mi hija.

VERMANDOIS.- Vivid sin temor, vuestra hija está ya fuera de todo riesgo.

MAGDALENA.- ¡Pero y él, mi marido!... por defender su causa con él duque es por lo que he deseado venir aquí...

DUQUE.- ¿Y quién ha podido haceros pensar, hija mía...?

MAGDALENA.- Escuchad, señor duque, el hombre que habéis enviado en vuestro nombre, el baron de Rollac, se ha excedido en el cumplimiento de vuestras órdenes, estoy cierta de ello.

VERMANDOIS.- ¿Pero de dónde sabéis vos?...?

MAGDALENA.- Una mujer que vivía en Angulema en nuestra misma casa fue sobornada por él. Así que llegué a Burdeos la envié noticias mías, pidiéndoselas de aquellos a quienes amo y por los cuales lloro. Pues bien, he sabido por ella que acosados de amenazas y persecuciones, ellos, que se habían quedado en la miseria, en el mayor desconsuelo, se han visto obligados a huir, a salir de Angulema... ¡Ah! señor duque, vos habéis podido mandar que me separen de ellos; pero no habréis querido que los hiciesen sufrir mayores martirios.

DUQUE.- No, hija mía, no, y estoy cierto, seguro de que os han engañado. (Sube hacia el foro y llama.) Avisad al barón de Rollac que le estoy aguardando.

MAGDALENA.- ¡Rollac! ¿el barón de Rollac está aquí?

DUQUE.- Hace una hora; y por él mismo vais a saber...

VERMANDOIS.- Vamos a conocer a ese barón tan decantado. ¿Qué especie de hombre es?

DUQUE.- Vos misma juzgareis. (Algo cortado.)

Escena VI

DICHOS, BELFEGOR.

BELFEGOR.- Estoy a vuestras órdenes, señor DUQUE.

MAGDALENA.- (¡Esta voz!)

BELFEGOR.- Vamos a ver a la joven... (Vuélvese y ve a MAGDALENA.). ¡Ah!

DUQUE.- ¡Barón! ¿qué es eso? ¿os habéis inmutado!

VERMANDOIS.- Efecto de la metamorfosis.

BELFEGOR.- Es que, en efecto, no me esperaba...

MAGDALENA.- (¡Él aquí y con ese traje!)

DUQUE.- Ofrecedla vuestros respetos.

BELFEGOR.- (Acercándose a MAGDALENA.) ¡Mas hermosa si cabe, que antes!

VERMANDOIS.- Sí, ese traje vale algo mas que los harapos con que la vestía el saltimbanquis. (Movimiento de BELFEGOR.) ¿No opináis vos lo mismo señor barón?

BELFEGOR.- Sí, sí, señora. Hay mucha distancia de esos ricos atavíos a los humildes vestidos que la com praba con tanto gusto ese... ese saltimbanquis. (A MAGDALENA.) Recibid mi enhorabuena, señora: estáis realmente muy hermosa así.

MAGDALENA.- ¡Caballero! ¡Guillermo! (A punto de descubrirse.)

BELFEGOR.- (Interrumpiéndola vivamente.) Llamadme barón, y sufrid... (La besa la mano.) ¡Oh! debéis estar contenta, señora, en medio de vuestros ilustres parientes, rodeada de toda esta riqueza, de este lujo... ¡Oh! sí, debéis estar, muy contenta, y comprendo que no hayáis vacilado entre esta noble familia y la otra... la familia del volatinero.

MAGDALENA.- Mucho me ha costado decidirme, y solamente...

DUQUE.- Tened la bondad de referir a mi hija la comisión que os di para ese... Belfegor... los ofrecimientos que te he hecho y la manera como los ha recibido.

BELFEGOR.- ¡Ah! esta señora desea saber... En efecto, será muy divertido. Pues bien, imaginaos que le he propuesto dinero, el cual ha rehusado, el muy truhán; y cuanto más aumentaba yo la suma, más montaba él en cólera contra mí. «Lo que yo necesito es mi mujer, es mi hija.» decía. ¡Palabrotas, y nada más, ya os hacéis cargo! ¡Esos titiriteros están tan acostumbrados a representar comedias! Y como no podíamos conseguir nada de él por la buena, proyectamos meterle en un carruaje, y trasladarle a bordo de un buque, cuyo capitán está a nuestra devoción.

MAGDALENA.- ¡Ah! eso es horrible.

BELFEGOR.- Desde ese día, no nos hemos vuelto a encontrar mas que una vez, en la que él quiso saber dónde estaba esta señora. Trabose una lucha con ese motivo; pero, entre él y yo, como os podéis figurar, la cuestión no podía durar mucho, (Con acento muy marcado.) y no duró mucho por cierto. Pero hablemos de otra cosa.

DUQUE.- (Con intención) Al contrario, barón, tengo empeño en que repitáis a mi hija lo que deciais en vuestras cartas; que desde que se había separado de ella, ese hombre llevaba una vida escandalosa, pasaba los días y las noches entregado al desórden, a la disipación...

BELFEGOR.- (Dándose en el bolsillo donde lleva las cartas de ROLLAC.) ¡Ah! ¡ah! ¡yo os he escrito eso! En efecto, sí, ¡he escrito eso! Pues señor, la verdad es que se divierte mucho el muy bellaco. Sí, ¡oh! ¡yo ya sé, señora, que vos estaríais creyendo que vuestro abandono le habría abatido... que se habría desmejorado mucho, que sus ojos estarían escaldados por el llanto..., ¡Sí, sí, a buena parte ibais! Su vida desde aquel día, no ha sido más que una continua broma... ¡Ya se ve! ¡gitanos! ¡farsantes! ¿acaso sabe él lo que es amar a una mujer? ¡llorar por un hijo!

DUQUE.- Añadid que no salía de los garitos y tabernas.

BELFEGOR.- (Con mucha amargura.) ¡De las tabernas!... Sí, sí, eso ya lo sabéis vos, señora; bien sabéis que la taberna era todo su afán, su cariño, su vida! ¡Las tabernas! Sí, iba a ellas después de vuestra marcha, lo propio que iba antes. Y el vino le daba las ideas más raras y extravagantes... Echábase a recorrer todos los barrios, las calles de la ciudad en busca de su familia. Iba como un loco interrogando con ojos ávidos cada balcón, cada ventana. Cierta día le pareció ver ondear entre cortinajes de seda la rubia cabellera de una niña. (Cambiando de tono) ¡Es ella! ¡es mi Juanita! Parece que su hija se llama Juanita. Y sin reparar ni en porteros, ni en lacayos, trepa por la escalera, lanzase de sala en sala, y llega adonde estaba el angelito, a quien coge en brazos y se la come a besos, llorando a lágrima viva; (Medio riendo.) y echa de ver entonces que su corazón, o lo que él llama corazón, se ha engañado torpemente. Caen sobre él los que le perseguían; los unos le dan palos tratándole de demente, los otros le sujetan y le llevan a presencia de un comisario para que le meta en la cárcel. (Riendo algo más marcadamente.) Le tomaron por un ladrón. (Soltando a reír del todo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! es, muy singular, es muy chistoso, ¿no es verdad, señores? (Bruscamente.) Vamos, reíd, reíd vos también, señora.

MAGDALENA.- (Ocultándose el rostro entre las manos.) ¡Oh! Dios mío.

BELFEGOR.- Pero vamos a esto, ya que nos hallamos en familia, y que esta señora está aquí, podíamos hablar algo de nuestros asuntos. ¿Qué es lo que piensa hacer esta señora? Yo he venido para saber algo de eso; después hablaremos del marido.

DUQUE.- (Algo pensativo.) Sí, del marido que yo deseo para mi hija. El rey está en las mejores disposiciones.

BELFEGOR.- ¡Ah! el rey... ¿eh?

DUQUE.- Yo no dudo que su majestad me autorice a transmitir mi nombre y mi título de par de Francia al esposo que mi hija eligiere.

BELFEGOR.- ¡Par de Francia! ¡Hola! conquese su marido será par de Francia. (Dando una carcajada.) ¡Cuerno! (Empieza a pasearse por la escena a pasos largos.)

VERMANDOIS.- ¡Jesús! cuidado que este señor tiene una manera de expresarse.

COMENDADOR.- ¡Je! ¡je! ¡viene de América, es un liberal!

VIDAMO.- (Indignado.) ¡Un demagogo!

BELFEGOR.- Pues entonces veo que nuestro volatinero, ese truhán de volatinero, va a subir como la espuma.

DUQUE.- ¡ÉI!

BELFEGOR.- ¡Pues claro está, su marido!

DUQUE.- Ese no lo ha sido nunca. (Volviendo a su bufete)

BELFEGOR.- ¡Vaya que sí! yo así lo creo.

VERMANDOIS.- ¡Su marido! (Muy sofocada.) espero que muy pronto haremos nosotros anular ese casamiento.

BELFEGOR.- ¿Eh? (Con ruerza.) ¡ah! conquese vais a hacer...

MAGDALENA.- ¡Oh! Es imposible, no lo creáis.

VERMANDOIS.- ¿Y porqué no, señora sobrina?

BELFEGOR.- Dice bien; ¿y porqué no, señora? ¿Acaso vuestra nueva familia no goza de gran favor? Si por cierto que se anulará ese casamiento. Vuestro marido no habrá sido para vos mas que un accidente... y vuestros hijos serán (A la VERMANDOIS metiéndose por la cara.) bastardos...

VERMANDOIS.- ¡Bastardos!

COMENDADOR.- ¡Este hombre dice las cosas tan desnudas!

VIDAMO.- ¡Puf!

DUQUE.- (Que ha estado escribiendo.) Señor barón, aquí tenéis una carta que acabo de escribir al rey en vuestro nombre y el mío. Como amigo y ejecutor testamentario de mi desgraciado hijo, me haréis el obsequio de firmarla.

BELFEGOR.- ¡Ah! ¿nosotros escribimos al rey? ¿Y qué escribimos a su majestad?

DUQUE.- Le pido como gracia especial, que se digne dar permiso para mandar prender, embarcar y desterrar a ese Belfegor, y que en seguida se proceda a instruir sigilosamente el proceso para la anulación del casamiento; autorizando entre tanto a mi nieta para pasar a los ojos de todos por la viuda de un oficial muerto en Alemania al servicio del rey. Tened la bondad de firmar.

MAGDALENA.- ¡Dios mío!

BELFEGOR.- (A MAGDALENA.) Conque es decir que ya sois viuda, señora; y a él cátales muerto... Payaso ha muerto, se concluyó!.. ¡pobre payaso! Vamos, descansa en paz, y Dios tenga piedad de tu alma.

VIDAMO.- (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! el alma de payaso.

MAGDALENA.- ¡Caballero!

BELFEGOR.- Tiene razón el señor Vidamo, ¿el alma de payaso? ¿Pues qué esas gentes tienen alma? Fuera de los Vidamos, los barones y los caballeros, los demás no tienen alma!

DUQUE.- (Visiblemente cansado.) Hacedme el obsequio de firmar, caballero.

BELFEGOR.- (Tomando la pluma.) ¡Firmar! es decir pedir el destierro... la muerte de un desgraciado, la separación de dos seres que Dios había unido!.. Sabéis, señores, que para ser caballeros, estáis procediendo como no lo haría ese titiritero? (Rompe la pluma.)

DUQUE.- ¡Caballero! estáis hablando con el duque de Montbazón, y me explicaréis ahora mismo...

MAGDALENA.- ¡Cielos!

BELFEGOR.- (Con risa frenética) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡no lo han entendido! no han entendido ni la rabia que me ahogaba, ni aquella risa que se anegaba en lágrimas... no han visto nada, ni adivinado nada.

DUQUE.- ¿Qué oigo? luego vos sois...

BELFEGOR.- Pues bien, sí, sí, soy el payaso. (Arrancándose la peluca.)

TODOS.- ¡Él!

BELFEGOR.- Sí, Belfegor el payaso, Belfegor el miserable, el zote, la bestia; pero esta bestia tiene su mujer, tiene sus hijuelos, y os los viene a arrancar porque son suyos, ¡entendéis, ladrones! (Hacen un movimiento para echarse sobre él.) ¡Eh! cuidado conmigo, señores; el payaso sabe hacer reír en la plaza; pero os podría hacer llorar aquí.

DUQUE.- ¡Osáis amenazarnos!

BELFEGOR.- Y aun cuando así fuese...

MAGDALENA.- Guillermo, te lo pido por Dios, escúchame.

BELFEGOR.- No escucho nada, yo soy tu marido, soy tu dueño. ¡Vuestras leyes, señores! por cima de vuestras leyes, está Dios que me ha dado esta mujer, y la conservaré mal que os pese. Señora, vais a veniros conmigo y con Juana, con Juana a quien vos me habéis robado, y que es mi hija.

MAGDALENA.- ¡Tu hija! ¡Desventurado! ¡tu hija se hubiera muerto si no fuera por mí!

BELFEGOR.- ¡Gran Dios!

MAGDALENA.- ¡Se hubiera muerto te digo!

BELFEGOR.- ¡Ella! no, eso no es verdad, yo lo hubiera sabido, lo hubiera adivinado.

MAGDALENA.- ¡Adivinado! ¡caso adivináis vosotros esas cosas! Ya no existiría, tenlo por cierto; no quedaba más que un recurso. ¡El cambio de vida! ¡ah! se le hubiera proporcionado a costa de la mía. Por eso me lleve a mi hija moribunda, a nuestra hija, Guillermo; y ahora, acúsame, si te atreves.

BELFEGOR.- ¿Qué es lo que he oído? Magdalena, ¿es eso verdad? ¡Mi hija!... ¿dónde está? dónde...

MAGDALENA.- Aquí.

BELFEGOR.- ¡Aquí! ¡Oh! déjame verla, besarla.

MAGDALENA.- ¡Ven! ¡ven!

CRIADO.- (Anunciando desde el foro) El sustituto del procurador del rey.

DUQUE.- ¿Qué significa?

Escena VII

DICHOS, CLERMONT, AGENTES.

CLERMONT.- Esto significa, señor duque, que un hombre se ha introducido aquí, en vuestra casa, con el título de barón de Rollac.

DUQUE.- ¿Cómo?

BELFEGOR.- ¿Qué dice?

MAGDALENA.- Guillermo. (Con terror.)

CLERMONT.- ¡Y acabamos de saber judicialmente que ese hombre ese supuesto Rollac, no es otro que el llamado Lavarenes!...

TODOS.- ¡Lavarenes!

CLERMONT.- Sí, Lavarenes! Condenado hace tiempo a muerte como traidor y asesino.

DUQUE.- ¿Él? ¡él, Lavarenes! (Señalando a BELFEGOR.)

MAGDALENA.- Es un error, una calumnia. (Yendo al DUQUE.)

BELFEGOR.- ¡Qué tengo yo que ver con ese Lavarenes! (Con fuerza.)

CLERMONT.- En nombre del rey, daos a prisión.

BELFEGOR.- ¡Magdalena! ¡preso yo!

MAGDALENA.- ¡Dios de bondad! (Saliendo por la misma puerta que CLERMONT.)

Escena VIII

DICHOS, CASTEL-BLANC, ENRIQUE, otro Gendarme.

CASTEL-BLANC.- ¡Deteneos! Ese hombre no es Lavarenes. Lavarenes es el impostor a quien yo he acompañado y dejado en Angulema; es el miserable que hizo conocimiento con el barón de Rollac en América, que le dió muerte y se apoderó de sus papeles. Esto es lo que él mismo, descubierto y preso por fin, acaba de declarar; y yo he venido a preveniroslo, señor sustituto, para que desistáis de este arresto, porque de la declaración también resulta, que amenazado ayer por este hombre en la quinta del Vizconde, le entregó los papeles con ánimo de perderle. El que está delante de vos, no es otro que el payaso Belfegor, y aquí tenéis a su hijo, que ha sido hallado por mis agentes.

ENRIQUE.- ¡Padre mío! (Corriendo a él.)

BELFEGOR.- (Abrazándolo con ternura.) ¡Enrique! ¡hijo idolatrado!

ENRIQUE.- (A MAGDALENA.) ¡Madre! ¡ah! ¡madre querida! ¡Te encuentro por fin! deja que te dé un beso.

MAGDALENA.- (Cogiéndole a su vez, cubriéndolo de caricias, y dirigiéndose al DUQUE.) ¡Señor, es mi hijo! ¡el hijo de mis entrañas! ¿Tenéis ahora valor para romper este casamiento?

DUQUE.- (A los otros,) Retiraos, señores. Supuesto que este hombre no es el traidor Lavarenes, está libre. El señor comisario general os lo ha dicho. Retiraos todos, necesito hablar a solas con él. (Bajo.) Magdalena, id en busca de Juanita y traedla aquí al momento. (MAGDALENA vase. Vanse todos, saliendo antes los agentes, después el VIDAMO, el COMENDADOR, CASTEL-BLANC y CLERMONT.)

CLERMONT.- (Al salir.) Por fin dimos con el delincuente. Buen trabajo me ha costado!

CASTEL-BLANC.- Sí, por cierto, ibais a prender al que no lo es.

CLERMONT.- Señor comisario, la manera de acertar en estos casos es prender a todo el mundo. Adiós, señor DUQUE. (El duque los habrá acompañado un poco. BELFEGOR se queda acariciando a su hijo, y mirando con inquietud a la puerta Por donde se marchó MAGDALENA.)

Escena IX

EL DUQUE, BELFEGOR, ENRIQUE, a poco MAGDALENA y JUANITA.

BELFEGOR.- Ahora, señor duque, espero que no persistiréis en vuestro designio; Magdalena es mi mujer.

DUQUE.- ¡Vuestra mujer! Antes que verla públicamente unida a un hombre que anda mendigando por las calles, y a quien le dan poco menos que una limosna preferiría volverme a mi destierro en busca de la muerte y del olvido.

BELFEGOR.- (Arrebatándose.) ¡Eh! ¿y qué me importa eso a mí? Vos tenéis apego a vuestros antepasados, yo se lo tengo a mi mujer y a mis hijos.

Escena X

DICHOS, JUANA, MAGDALENA, ENRIQUE.

MAGDALENA.- (Viniendo rápidamente a interponerse entre los dos.) Guillermo, aquí te traigo a tu hija.

BELFEGOR.- ¡Mi hija, mi Juanita!... ¡Es posible que esta sea ella! ¡y que sea tan bonita! ¡Hija de mi corazón! (Se arrodilla y la acaricia.)

DUQUE.- Miradla bien, y reparad... la salud, la vida han vuelto a reanimarla, a darla ser y hermosura.

BELFEGOR.- ¡Oh! sí, sí, es verdad. ¡Pobre Juanita mía!

DUQUE.- A mi lado no solamente será hermosa, será rica, feliz.

BELFEGOR.- ¡Rica, feliz!

DUQUE.- Será mi hija, en fin... ¿Qué haréis, pues, viendo eso? Responded.

MAGDALENA.- Señor duque...

BELFEGOR.- Calla, calla, mis ojos ven la luz ahora. Pobres hijos, yo los he querido como un egoísta, quiero amaros como padre... (Se levanta.) Señor duque, vos habéis comenzado a hacer la felicidad de nuestra hija... yo os confío la de nuestro hijo: juradme que haréis de este niño un hombre digno de respeto y estimación.

DUQUE.- Os lo juro.

BELFEGOR.- Vos le amareis como amáis a mi... a vuestra nietezuela.

DUQUE.- Será mi hijo... como Juana es mi hija.

BELFEGOR.- ¡Os creo! (Llevándose al DUQUE aparte.) Ea pues, ahora ya podéis anular nuestro casamiento... no me volveréis a ver más... me iré adonde quiera que vos dispongáis, a un destierro, si es preciso... Juro yo también no volver a ver a mi mujer ni a mis hijos. Permitid que los abrace por última vez. ¡Adiós, Enrique... adiós... piensa alguna vez en mí cuando seas dichoso!... Adiós, Magdalena: perdóname si te he hecho sufrir... Perdóname, porque te he querido con toda mi alma!! Magdalena, (Bajo.) ¡es para siempre!

MAGDALENA.- No, tú no partirás solo. (Con fuerza.)

DUQUE.- ¡Cómo! ¿qué significa?

MAGDALENA.- Esto significa que el porvenir de mis hijos está asegurado, y ahora que pueden vivir sin mí, para ti es para quien yo viviré, Guillermo.

DUQUE.- ¡Magdalena!... ¿y tu padre?

MAGDALENA.- Señor duque, Dios ha dicho: «La mujer dejará a su padre y a su madre para seguir a su marido.»

ENRIQUE.- (Corriendo a su madre y llevándose a su hermana.) ¡Oh! si tú te marchas, nosotros queremos marcharnos contigo. (BELFEGOR viene a encontrarse colocado en medio de su mujer y sus hijos.)

DUQUE.- ¡Solo! (Dejándose caer agobiado en un sillón a la derecha.) ¡moriré triste y solo!

BELFEGOR.- (Yendo al Duque) Señor duque, ¿queréis decirme vuestro nombre de pila?

DUQUE.- (Admirado.) ¿Yo?... Me llamo Jorge.

BELFEGOR.- Entonces dentro de seis meses es vuestro santo.

DUQUE.- Sí... ¿pero cómo?...

BELFEGOR.- ¡Oh! nosotros los del oficio... nos sabemos el calendario de memoria.

DUQUE.- ¡Y qué!

BELFEGOR.- Que de aquí a seis meses, los dos, Magdalena y yo, os enviaremos a los chicos, a la niña y al niño... Será nuestro regalo del día del santo... Os quedaréis con ellos, señor duque, vos que podéis criarlos en la opulencia, y hacerlos venturosos... Os quedaréis con ellos para siempre.

MAGDALENA.- ¡Mis hijos! (Llorando.)

ENRIQUE.- ¡Padre!

BELFEGOR.- (Al DUQUE.) ¡Ah! ya lo veis, es preciso que la madre y los hijos se vayan acostumbrando... Un poco de paciencia, y dejad por algún tiempo unida todavía a la familia del payaso.

DUQUE.- (Muy conmovido, y levantándose de pronto.) ¡Y habéis de vencerme a mí en generosidad! Vos, a quien por humilde rechazaba yo de mi familia, habíais de mostrar más grandeza de alma que el duque de Montbazón! No por Dios santo, corro a echarme a los pies del rey, a referirle vuestra noble abnegación, y a pedirle para vos un puesto en el ejército; su corazón magnánimo sabrá comprenderos y premiaros.

BELFEGOR.- ¡Ah! señor duque, ahora sí que conozco que sois noble.

MAGDALENA.- (Echándose a los pies del DUQUE.) Gracias, padre mío, gracias.

FIN DEL DRAMA